

EL PALEOLÍTICO EN EL ARCO DE LA BAHÍA DE SANTANDER

Emilio Muñoz Fernández*

Ramón Montes Barquín**

(*Colectivo para la Ampliación de Estudios de Arqueología Prehistórica; **Museo de Altamira)

Introducción.

En torno a la actual Bahía de Santander se localiza una de las concentraciones más notables de yacimientos al aire libre y cavidades con evidencias del Paleolítico cantábrico. Su privilegiada situación, en el centro de la zona más apta para el desarrollo de las formas de vida de las poblaciones cazadoras-recolectoras del Pleistoceno, de toda la Región Cantábrica, ha provocado que, en una extensión de poco más 180 km², se concentren hasta 133 enclaves, muchos de ellos de enorme trascendencia en el marco de los estudios paleolíticos, a nivel peninsular y europeo.

La intensa antropización actual de la zona, motivada precisamente por esa estratégica ubicación, ha desencadenado, en la parte positiva, la localización de muchas de las evidencias y un elevado conocimiento de la densidad de las ocupaciones paleolíticas. Sin embargo, y de manera proporcionalmente negativa, esta intensa ocupación del espacio ha traído aparejada la destrucción, parcial o total, de muchos de estos yacimientos, fruto principalmente de la inexistencia de políticas de ordenación del territorio.

El crecimiento incontrolado, la falta de previsión y, porqué no decirlo, de escrúpulos, ha provocado la desaparición de muchos enclaves de alto interés arqueológico. Buen ejemplo de esto es la sistemática destrucción de las evidencias paleolíticas (también de otros períodos) al aire libre localizadas en el arco norte de la Bahía (principalmente en el municipio de Santander). Las denuncias, los intentos de compaginar la salvaguarda del Patrimonio y el desarrollo urbanístico, en definitiva, la gestión racional del territorio en relación con sus valores arqueológicos ha chocado habitualmente con la indiferencia de políticos y promotores inmobiliarios, y por tanto, la degradación de este legado del pasado ha sido imparable, en especial en los últimos 20 años.

Pese a todo, y tratando de quedarnos con lo positivo, es necesario exponer que gracias al elevado número de yacimientos documentados (aunque haya sido de manera muy desigual, y en función de las circunstancias), el nivel de conocimiento sobre la evolución del Paleolítico en este sector de la Cornisa Cantábrica cabe ser calificado como de elevado, pudiéndose afirmar que nos encontramos ante una de las zonas mejor estudiadas e investigadas de todo el Cantábrico.

En las siguientes páginas repasaremos sucintamente en qué consiste el registro paleolítico de la región ubicada en el entorno a la Bahía de Santander y cuáles han sido las aportaciones más significativas de este patrimonio al conocimiento del desarrollo del Paleolítico en la Región Cantábrica.

La amplitud que se precisaría para sistematizar toda la información disponible excede en mucho el espacio que en esta obra disponemos. Es por ello que, necesariamente, el presente trabajo se limita a enumerar las evidencias y a ordenarlas crono-culturalmente, resaltando tan sólo aquellas aportaciones realmente significativas.

Caracterización y límites de la zona estudiada.

La Bahía de Santander y su entorno, que pasaremos a denominar de manera genérica "arco de la bahía", se ubica en el centro de la franja litoral cantábrica (la Marina), a caballo de las cuencas fluviales de los ríos Pas y Miera. Sus límites, no demasiado precisos, pueden fijarse a partir del tramo inferior de la cuenca del río Miera, por el Oeste, la sierra de Peña Cabarga, por el Sur, y las sierras del Peñajorao, Peñas Negras y Picota por el Este. Obviamente, el mar Cantábrico constituye el límite septentrional. No obstante, algunos de estos límites están sujetos a interpretación, pudiéndose incluirse en esta región, por ejemplo, otras áreas como el tramo inferior del río Pas o el valle de Penagos.

En relación con esto último hay que exponer que, realmente, la actual Bahía de Santander es una formación del Holoceno, posiblemente conformada a partir de la trasgresión marina acaecida tras el deshielo del casquete polar pleistoceno, por lo que el paisaje durante gran parte del Pleistoceno (y con seguridad durante el Pleistoceno superior) fue muy diferente al que conocemos hoy, especialmente en lo referido a la línea de costa, que durante el Pleistoceno estuvo casi siempre más alejada (varios kilómetros, hasta un máximo de 10 km.) de la actual. Así, la actual bahía se presentaría antes del período actual como un valle abierto y plano por donde discurría el Miera y sus pequeños afluentes, los arroyos Bolado, La Mina, Collado y Solía, constituyendo en realidad, por tanto, el tramo final de la cuenca del Miera y no un área geográfica con entidad propia, tal y como hoy la analizamos.

Administrativamente, el arco de la bahía comprende, total o parcialmente, los actuales municipios de Piélagos, Santa Cruz de Bezana, Santander, Camargo, Astillero, Villaescusa, Medio Cudeyo, Entrambasaguas, Marina de Cudeyo, Ribamontán al Mar y Ribamontán al Monte.

En general, se trata de una zona de relieves ondulados con altitudes moderadas, nunca superiores a los 200 m. Destaca, únicamente, la sierra de Peña Cabarga, con altitudes que alcanzan los 569 m. Está surcada por distintas corrientes de agua de escasa entidad que, en origen, constituyeron una red de pequeños afluentes del Miera y hoy conforman las pequeñas rías ubicadas al sur de la bahía.

Es un área donde, geológicamente, predominan las calizas del Cretácico, lo que ha favorecido el desarrollo de fenómenos kársticos, con la formación de abundantes cavernamientos -en general de tamaños discretos-, muchos de ellos usados, como iremos viendo, por el hombre a lo largo de todo el Paleolítico.

Historia de las investigaciones.

Como comentábamos, debido a la fuerte antropización (se trata de la zona más poblada de la comunidad de Cantabria y una de las regiones más densamente ocupada de toda la Región Cantábrica), y a la importante prospección realizada (en un área con fuerte tradición en los estudios sobre Paleolítico), esta zona es bastante bien conocida, poseyendo una de las concentraciones más ricas de yacimientos paleolíticos de toda la Cornisa Cantábrica.

Las investigaciones en esta zona comenzaron muy pronto, a finales de la década de los sesenta del siglo XIX. Así, la cueva del Mazo (Revilla de Camargo) fue el primer yacimiento paleolítico documentado en la Región Cantábrica (Azcúenaga, 1976), siendo descubierto e investigado por uno de los precursores en el estudio del Paleolítico cantábrico, M. Sanz de Sautuola. Este autor investigó, además, las vecinas cuevas de *San Pantaleón* (El Pendo) y *Cobalejo* (Covalejos), aunque únicamente ofrecerá datos de entidad sobre la *Cueva de Camargo*, o El Mazo (Sanz de Sautuola, 1880).

Junto con M. Sanz de Sautuola, y en su mismo ambiente de erudición regional y cultural, hay que citar las aportaciones de E. de la Pedraja, quien descubrió las cuevas de Covalejos y Fuente del Francés (Madariaga de la Campa, 1972). En estas primeras investigaciones aparece la figura del geólogo J. Vilanova y Piera, amigo y defensor de Sautuola

que ofrecerá interesantes observaciones de algunos de los yacimientos citados, especialmente de Covalejos (Vilanova y Piera, 1880).

Con el gran desarrollo de los estudios de Arqueología Prehistórica en las primeras décadas del siglo XX, la denominada "carrera de los descubrimientos, principalmente orientados al estudio del Arte Rupestre, se efectuaron nuevas investigaciones en la zona de la bahía, esta vez de la mano de arqueólogos más específicamente formados como H. Alcalde del Río, L. Sierra, J. Carballo, H. Breuil, H. Obermaier, Vega del Sella, y de otros aficionados locales como O. Cendrero, J. Fernández Montes y B. Larín (Madariaga de la Campa, B., 1972). Así, se reconocen nuevos yacimientos, tanto en cueva, como Santiyán o Santián (Alcalde del Río, Breuil y Sierra, 1911), N^a. Señora de Loreto (Sierra, 1909), Morín y Los Moros de San Vitores (Cendrero, 1915) y La Iglesia (Carballo, 1922), como al aire libre: yacimientos de El Rostrió (Carballo, 1924), San Román de la Llanilla (Sierra, 1909), Faro de Bellavista (Madariaga de la Campa, 1972), Debajo del Mazo (Sierra, 1909), Solía (Obermaier, 1916), Bezana (Carballo, 1922), La Florida de Gajano (Fernández Montes, 1936) y El Callejón de Cabárceno (Fernández Montes, 1936).

Sin embargo, y desgraciadamente, solamente las pinturas de Santián y los grabados localizados en El Pendo por Alcalde del Río fueron publicados con cierto detalle (Alcalde del Río, Breuil y Sierra, 1911). El resto de los yacimientos descubiertos, o permanecieron prácticamente inéditos, o se referenciaron en citas escuetas, en lo que podemos considerar como una labor más aditiva que investigadora.

Se practicaron sondeos y/o excavaciones, limitadas en extensión en la mayoría de los casos, en todas las cuevas descubiertas. De estos trabajos destacan únicamente las excavaciones efectuadas por J. Carballo (Carballo, 1924) y por L. Sierra en la cueva del Mazo (Sierra, 1909), la cual estaba siendo marginalmente afectada por una cantera, siendo quizás las primeras excavaciones de urgencia practicadas en la región, las de J. Carballo en la cueva de El Pendo (Carballo, 1927; Carballo y Larín, 1933 y Carballo, 1960), y las realizadas por J. Carballo (Carballo, 1923) y por el conde de la Vega del Sella (Vega del Sella, 1921) en la cueva de Morín. Sin duda, las efectuadas en El Pendo y Morín, constituyeron las actuaciones más interesantes, ya que fueron publicadas de manera amplia y tuvieron una notable proyección.

En los años cincuenta, y tras la paralización que supuso la Guerra Civil y la consecuente posguerra, se reanudaron las investigaciones arqueológicas, si bien con un notable declive tanto en el número como en la calidad de las aportaciones. La presencia de J. Carballo, director del Museo de Prehistoria de Santander, es ahora casi exclusiva en el panorama de la época. En torno a él comienza su actividad el ingeniero A. García Lorenzo, con el equipo de camineros de la Diputación, cuyas labores estuvieron fundamentalmente orientadas a la explotación turística de algunas cavidades, generalmente con Arte Rupestre Paleolítico, y a la búsqueda de nuevos yacimientos, especialmente de Arte Rupestre y del Paleolítico Superior (Madariaga de la Campa, 1972).

Las prospecciones de los camineros fueron bastante intensas, fruto de las cuales fue el hallazgo de nuevos yacimientos en cuevas, como El Juyo (Janssens, González Echegaray y Azpeitia, 1958), El Ruso (Muñoz, 1991) y El Agua (Muñoz, 1992), todas ellas en Camargo, aunque únicamente tuvo trascendencia el hallazgo del Juyo, permaneciendo inéditas el resto de las cuevas; además sondearon varios yacimientos ya conocidos, La Iglesia de Navajeda (Muñoz y Serna, 1995) y Covalejos (González, Muñoz y Serna, 1995), de las que únicamente quedaron algunos materiales aislados en el Museo de Santander, permaneciendo también inéditas estas actuaciones. Además, excavaron en la cueva de Santián, para acondicionar la cueva para el turismo, trabajos que proporcionaron un cráneo de aspecto paleolítico, además de fauna e industrias; el cráneo fue publicado por V. Andérez, donde precisa algunos detalles del registro arqueológico (Andérez, 1954), aunque permaneció inédito la mayor parte del material restante.

Tras estos inicios, se inicia una nueva época a mediados de los 50 con dos excavaciones importantes, las realizadas en las cuevas de El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980) y del Juyo (Janssens, González Echegaray y Azpeitia, 1958). La primera fue muy importante por la coyuntura de la época (coincidió con el "aperturismo" franquista) y lo que

supuso en el contexto científico de la época. Las excavaciones fueron dirigidas por J. Martínez-Santaolalla, entre 1953 a 1957, y fueron las primeras que aplicaron técnicas modernas en España, al intervenir en las mismas un gran equipo internacional con algunos de los prehistoriadores más conocidos de la época (Cheynier, el matrimonio Leroi-Gourhan, etc.), aunque desgraciadamente no fueron publicadas hasta 1980 por un equipo coordinado por J. González Echegaray, uno de los miembros del equipo de excavación que recogió “los restos de un naufragio” con más de 20 años, y supo darles forma de memoria científica con un innegable mérito, a pesar de las enormes limitaciones.

Las excavaciones del Juyo también fueron muy interesantes. Estuvieron dirigidas por P. Janssens y por J. González Echegaray, obteniéndose una amplia estratigrafía del Magdaleniense inferior; afortunadamente las principales campañas fueron publicadas en una monografía extensa (Janssens, González Echegaray y Azpeitia, 1958).

Además, por esas fechas hubo otras actuaciones, aunque de menor alcance e interés, entre las que destacamos las prospecciones realizadas por J. Martínez Santaolalla y B. Sáez Martín en los yacimientos del Paleolítico Inferior situados entre El Rostrío y el Faro de Bellavista, cuyos materiales merecieron una pequeña nota por parte del segundo de los autores (Sáez Martín, 1954-1955), siendo depositados en el Museo Arqueológico Nacional, como parte de la colección de J. Martínez Santaolalla (Morlote y Montes, 1992).

A principios de los años sesenta se crean, desde el Museo de Prehistoria de Santander, el Seminario Sautuola, orientado a labores arqueológicas, y el Servicio Espeleológico del Seminario Sautuola (S.E.S.S.), dedicado a labores espeleológicas. Estos equipos descubrieron nuevos yacimientos: el yacimiento de la Punta de Cabezón de San Pedro (Vega de la Torre, 1976) y la cueva del Alto del Peñajorao (Moure, 1970), y realizaron varios sondeos y excavaciones en las cuevas del Alto del Peñajorao (Moure, 1970) y El Ruso (Muñoz, 1991), destacando la primera, cuyos resultados fueron publicados por A. Moure, miembro del Seminario, quién publicó nuevos datos de la cueva de Covalejos, que había sido localizada de nuevo por miembros del Seminario (Moure, 1968).

En cuanto al capítulo de excavaciones, en la décadas de los 60 y 70, son de mención obligada las realizadas en la cueva de Morín, entre 1966 y 1969, por parte de un equipo multidisciplinar dirigido por J. González Echegaray y L. G. Freeman, muy novedosas para la época, y cuyas memorias constituyen aún hoy día una referencia para los estudios del Paleolítico cantábrico (González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973). También hay que citar las emprendidas por G. A. Clark en El Rostrío, a pesar de tratarse de un yacimiento de la Prehistoria Reciente, ya que al hallarse cerca de otros yacimientos al aire libre, éstos fueron prospectados por Clark, hallando un lote de materiales inferopaleolíticos, además de citar talleres del Paleolítico Superior, extremo todavía no confirmado (Clark, 1975).

Alcanzando ya la época actual, los últimos 20 años, es necesario reseñar las intensas labores de prospección de la zona por parte del *Colectivo para la Ampliación de Estudios de Arqueología Prehistórica* (CAEAP), grupo a quien se debe el hallazgo de nuevos yacimientos paleolíticos, tanto en cuevas (Calero II, La Llosa, Castañera III, Castañera IV y La Iglesia II), como -y fundamentalmente-, al aire libre (Las Antenas, La Verde, El Bosque, Liencres, Barcenilla, Terrazas de Barcenilla, Debajo del Calero, Velo, La Maruca, Virgen del Mar, La Endrinera, Cantera de Santa Marina, Junto al Museo de Velarde, Covachos, Soto de la Marina, Post-Antenas, Antes de la Punta de Cabezón de San Pedro, Rosamunda, Universidad, Al Pie de El Pendo, Al Pie de Morín, Loredó, Los Tranquilos, Isla de Santa Marina, Langre y Somocuevas B); además de gran número de materiales inferopaleolíticos aislados, generalmente hendedores y algunos conjuntos rupestres (Calero II, Alto del Peñajorao y Los Moros de San Vitores), además de sistematizar y volver a localizar muchos de los yacimientos conocidos (CAEAP 1980-1981; Montes y Muñoz, 1999; Muñoz, 1992; Muñoz, 1996; Muñoz y Malpelo, 1992; Muñoz y San Miguel, 1987; Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988).

Además de las aportaciones del CAEAP, esporádicamente se han descubierto otros yacimientos (Somocuevas A, Chalet de Mortera, Las Cerrias, Somo y las cuevas de La Garna). También la arqueología profesional ha aportado nuevos descubrimientos en el desarrollo de sus cometidos de seguimiento y control de grandes obras públicas. Así, el *gabinete de*

arqueología GAEM ha reconocido varios yacimientos al aire libre: Mortera (núcleo rural), Peñas Blancas, Río Bolado, San Juan de la Canal III, San Juan de la Canal IV, Lluja, Corbán, Rostrío E, al margen de numerosos hallazgos líticos aislados de tipología esencialmente inferopaleolítica.

En los últimos años, el capítulo de excavaciones sistemáticas y de urgencia ha sido bastante nutrido: los yacimientos al aire libre de La Verde (Montes y Muñoz, 2000), San Juan de la Canal III y El Rostrío E, y las cuevas de Covalejos, El Pendo (Montes, 2000), Ruso I (Muñoz, 1991), Las Cubrizas (Morlote y Muñoz, 2000), Juyo (González Echegaray y Freeman, 2000), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973) y las cuevas de La Garma (Arias *et alii*, 1999), han sido objeto de actuaciones.

Los trabajos desarrollados en estos enclaves son de distinto tipo y naturaleza, desde sondeos limitados y limpieza de cortes, como Covalejos, El Pendo, Las Cubrizas y La Galería Intermedia de La Garma, hasta excavaciones extensas: Ruso I, Juyo, La Garma, La Verde, San Juan de la Canal III y El Rostrío E. Varias de ellas han sido excavadas por la modalidad de urgencia (Ruso I, San Juan de la Canal III y El Rostrío E).

La mayoría de estas actuaciones son muy recientes y presentan plenas garantías técnicas y científicas (San Juan de la Canal III, El Rostrío E, Covalejos, Las Cubrizas y La Garma –actualmente en realización–), por lo que, si bien aún no han sido publicadas, sin duda aportarán datos de innegable interés.

Al margen de la amplia monografía de las primeras excavaciones recientes del Juyo (Barandiarán *et alii*, 1987), acaba de aparecer la monografía relativa a las campañas realizadas en la cueva de El Pendo, entre 1994 y 2000 (Montes y Sanguino, directores, 2001), habiéndose publicado, además, trabajos extensos de las excavaciones del Ruso I (Muñoz, 1991) y de La Verde (Montes y Muñoz, 1994).

Se ha trabajado en cuevas con estratigrafías complejas, que abarcan distintos fases del Paleolítico Medio y Superior (Covalejos, Ruso I, El Pendo y La Garma), o estratigrafías complejas de momentos concretos del Paleolítico Superior (Juyo), aunque son más abundantes los yacimientos con estratigrafías simples y puntuales (San Juan de la Canal III, Las Cubrizas, El Rostrío E, La Verde y Galería Intermedia de La Garma).

En el capítulo del estudio del Arte Rupestre hay que señalar que los estudios se han multiplicado, aunque, con excepción de El Pendo (Montes y Sanguino, 2001), todavía no se han publicado monografías específicas. Las cuevas de Los Moros de San Vitores (Montes, Muñoz y Morlote, 2001) y Calero II (Muñoz y Morlote, 2001) han sido objeto de publicaciones muy recientes, aunque limitadas; la cueva de Santián ha sido recientemente revisada (Moure, 1991-1992) y se ha publicado someramente la cueva del Alto del Peñajorao (Muñoz y Malpelo, 1992). Del gran conjunto de La Garma se han dado a conocer algunos avances (Arias *et alii*, 1999 y Arias *et alii*, 2000).

Como puede observarse, la historiografía específica del Paleolítico de la zona a estudio es densa y prolija, si bien como el lector habrá observado, muy polarizada en publicaciones de corte esencialmente descriptivo y aditivo, y escasamente centrada en el estudio y sistematización de grandes períodos o fenómenos arqueológicos. De hecho, aún está pendiente una visión sintética de conjunto que implique el análisis pormenorizado y sistemático de la ingente documentación arqueográfica y arqueológica producida a lo largo de los casi 130 años de investigaciones en el ámbito de la Bahía de Santander. Por nuestra parte, pasamos a examinar escuetamente los principales datos que, en una revisión apresurada y poco exhaustiva, pueden extraerse de la ingente documentación disponible.

El primer poblamiento (el Paleolítico Inferior).

A pesar del esfuerzo realizado en los últimos años (Montes, 1993 y 1999), los orígenes del poblamiento cantábrico, en general, y del poblamiento de la zona que analizamos, en particular, siguen sumidos en una amplia problemática y constituyen una de las lagunas

principales de la investigación paleolítica regional. A pesar de ello, en la zona de la Bahía de Santander se han catalogado hasta 23 yacimientos y más de 55 hallazgos aislados (la mayoría de ellos hendedores sobre lasca) atribuibles a esta fase (Montes 1993 y 1999; Morlote y Montes, 1992; Muñoz, 1996; Muñoz, y Malpelo, 1992; Muñoz y San Miguel, 1987; Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988; San Miguel, Bermejo y Muñoz, 1984) .

De todos ellos, únicamente el yacimiento de La Verde ha sido excavado sistemáticamente en extensión y con metodología moderna (Montes y Muñoz, 1994). En los yacimientos de Morín y La Garma se han realizado sondeos en la base de sus respectivas estratigrafías, alcanzándose niveles presumiblemente inferopaleolíticos.

Generalmente los yacimientos aparecen en contextos al aire libre, principalmente en estructuras edáficas (suelos) desarrolladas sobre litologías calcáreas, como Somocuevas A, La Verde, El Bosque (Montes 1999). Además, hay algún yacimiento descontextualizado, entre los que destaca el situado entre El Rostrío y la Virgen del Mar, donde aparecen industrias por debajo de la actual línea costera (Clark, 1975; Muñoz y San Miguel, 1987 y Sáez Martín, 1954-1955).

Los yacimientos en cuevas son escasos. Morín (nivel 22), Covalejos (comunicación personal de J. Sanguino) y La Garma (comunicación personal de P. Arias) han ofrecido evidencias asignables a fases pre-würmienses en la base de sus respectivas estratigrafías, si bien en los tres casos tan sólo se dispone de datos muy limitados que no han permitido profundizar en su estudio. En el resto de las cavidades con indicios, se trata de materiales aislados localizados en superficie y procedentes muy posiblemente del exterior: La Mea, Agua, Mapa, Mapa III, Prado de Miguel y Convento IV, todas ellas en Camargo (Muñoz y Malpelo, 1992).

Un caso que merece una reseña específica es el de la cueva de El Pendo. Según K.W. Butzer (1981), la base de la secuencia clásica, puesta al descubierto entre 1953 y 1957, contenía niveles asignables al último interglaciario, e incluso, de finales de la glaciación Riss. Sin embargo, los últimos trabajos desarrollados en la cavidad por Montes y Sanguino (2001) han demostrado, de manera casi incontestable, la inexactitud de los datos de Butzer y han puesto de manifiesto el carácter derivado (secundario) del depósito arqueológico excavado en los 50 y analizado posteriormente, en 1980, por el equipo dirigido por González Echegaray, con lo que no es posible afirmar la existencia de evidencias de esta fase en esta cavidad.

En cuanto a la posición topográfica de los yacimientos, se pueden distinguir varios modelos. El primero, lo constituyen los yacimientos situados en el fondo de grandes cubetas kársticas, en posición no dominante, como La Verde, modelo relativamente común: La Endrinera y Debajo del Mazo (Muñoz y Malpelo, 1992), Piedras Blancas (Gaem, comunicación propia), La Florida (Fernández Montes, 1936), Debajo de La Garma (Arias *et alii*, 1996), además de bastantes hallazgos aislados. Otro modelo detectado es el de los yacimientos situados en las cimas de pequeñas elevaciones dominantes, ocupando espacios muy determinados: Somocuevas A (Montes, 1993), Faro de Bellavista (Sáez Martín, 1954-1955), Chalet de Mortera (Montes 1999), Cantera de Santa Marina, además de algunos hallazgos sueltos. Otro modelo es el de los yacimientos situados en laderas poco pronunciadas, generalmente aprovechando rellanos, en posición dominante: El Rostrío, Las Antenas, Liencres C, Las Cerrías, Velo, La Maruca, Junto al Museo Velarde, El Bosque y varios hallazgos sueltos. Además de los modelos mencionados, hay otras localizaciones menos frecuentes, como las cuevas citadas, los situados en el borde de los ríos (Solía y algunos hallazgos sueltos), y los sumergidos por el mar (Rostrío).

La naturaleza y significado de los yacimientos inferopaleolíticos cantábricos ha sido analizada por Montes (1993, 1999) de manera pormenorizada. Así, y según este autor, la mayor parte de los conjuntos líticos recuperados al aire libre responden a ocupaciones de corta duración encaminadas a la resolución de una actividad de subsistencia precisa y puntual. La inmediatez de los procesos de adquisición, producción y uso de las industrias líticas sugieren un modo de vida basado en un nomadeo constante, incluso errático, en busca de recursos alimenticios, si bien en contextos biogeográficos delimitados en los cuales la adquisición de materias primas líticas y de recursos biológicos de subsistencia (caza, recolección, agua dulce,

madera, etc.) está más o menos asegurada. Así, los valles medios y especialmente la franja litoral (en donde se ubica el arco de la bahía) aparecen como los lugares de concentración de las evidencias, y por lo tanto, del poblamiento.

En lo relativo a la cronología, y en el estado actual de la cuestión, únicamente se puede asegurar de manera absoluta que, durante el interglacial Riss-Würm (*circa* 130.000-90.000 años B.P.), es decir en los últimos momentos del Paleolítico Inferior, existía un poblamiento regular y más o menos denso de la Región Cantábrica (Montes, 1999). Los datos referidos a evidencias de ocupación en fases anteriores son más escasos, y discutibles conforme vamos retrocediendo en el tiempo. A la vista de la información aportada por yacimientos como Cabo Busto (Asturias), cuevas de El Castillo (Puente Viesgo) y Lezetxiki (País Vasco), y algunos hallazgos en contextos geológicos datados de manera indirecta (como terrazas fluviales y niveles marinos), parece cierto que el inicio del poblamiento cantábrico acaeció durante las últimas etapas del Pleistoceno medio, posiblemente en fechas ligeramente superiores a 300.000 B.P. Sin embargo, las evidencias más o menos contrastadas no permiten llegar mucho más allá del 200.000 B.P., lo cual aporta una inseguridad que solamente programas específicos de datación absoluta podrán despejar.

En ninguno de los yacimientos, con la única excepción del nivel 22 de Morín y los niveles detectados preliminarmente en las bases estratigráficas de Covalejos y La Garma (niveles que parecen puedan corresponder al Paleolítico Inferior), se han conservado restos paleontológicos y/o paleobotánicos, por lo que únicamente se cuenta con las industrias líticas como base de estudio.

Las industrias se han realizado en diversas materias primas, fundamentalmente arenisca, sílex y cuarcita, aunque también aparecen en pequeños porcentajes otras materias primas como la ofita, el cuarzo y el mineral de hierro. La cuarcita y la arenisca, procedentes de cantos de origen fluvial han sido las materias más usadas, mientras que el sílex -procedente de nódulos- y las ofitas -de afloraciones masivas- parecen haberse empleado de manera más puntual y especializada, la primera para utensilios sobre lasca y la segunda para la fabricación de hendedores. La arenisca ha sido usada fundamentalmente en la elaboración del macroutillaje, muchas veces a partir de grandes lascas primarias, probablemente para aprovechar el córtex de la pieza como filo útil, ya que es la parte más consistente, al ser una roca muy deleznable. La cuarcita también ha sido usada para los macroútiles, si bien también son frecuentes los utensilios sobre lasca. El mineral de hierro se ha utilizado esporádicamente para la elaboración de útiles sobre lasca.

Algunos yacimientos se sitúan relativamente lejos de los centros de abastecimiento de la materia prima, como por ejemplo La Verde y Rostrío (Montes y Sanguino, 1998b), lo cual implica cierta previsión en la captación.

La composición industrial es poco variada. La macroindustria está muy bien representada, destacando el predominio de los hendedores sobre lasca, generalmente del tipo 0 de Tixier, muchos de ellos con el filo desviado. Además, aparecen algunos ejemplares de los tipos I, II, III, VI y del tipo 0 subtipo 7 de L. Benito del Rey, aunque siempre en porcentajes más bajos. Los picos triedros son relativamente frecuentes, estando generalmente realizados sobre grandes y espesas lascas de arenisca, y hay presencia de bifaces (generalmente de tipos sencillos, como los amigdaloides), aunque en porcentajes discretos. Los cantos tallados tienen un comportamiento diferencial, apareciendo conjuntos donde estos útiles son bastantes numerosos, frente a otros yacimientos donde son raros. Generalmente son sencillos, unifaciales y de filo no convergente. La abundancia de cantos tallados en algunos yacimientos quizás indique rasgos arcaicos como, pudiera ocurrir en el yacimiento de El Bosque (Entrambasaguas).

El utillaje sobre lasca se polariza en un abanico muy limitado de tipos, básicamente raederas (destacando las sencillas, las inversas, las transversales y las bifaciales), las escotaduras (muchas de ellas de tipo clactoniense) y los denticulados. El índice de útiles del Paleolítico Superior es bajo, aunque hay presencia esporádica de raspadores, perforadores y buriles. En cuanto a los caracteres técnicos, hay que señalar el bajo índice *Levallois* documentado en los conjuntos, al igual que las técnicas de extracción de lascas centrípetas

(los núcleos discoides son escasos); el índice laminar tiene valores ínfimos, así como el de facetaje.

Entre los núcleos dominan los irregulares, seguidos de lejos por los N.U.P.C. (núcleo unidireccional de plano de percusión cortical).

Por último, y en lo relativo a los tipos de retoque, predomina ampliamente el retoque simple, seguido muy de lejos por el sobreelevado, especialmente abundante en los hendedores sobre lasca. Los otros modos de retoque solamente se emplean ocasionalmente.

Resumiendo, nos encontramos con industrias caracterizadas por su escasa complejidad técnica, muy polarizada en ciertos útiles sencillos y con la presencia de un número muy limitado de tipos (Montes, 1999).

La época neandertal (el Paleolítico Medio).

El período comprendido entre el inicio de la última glaciación, momento en el que parece se generaliza el complejo industrial Musteriense en el Cantábrico, y la desaparición de las evidencias asignables al hombre de Neandertal en la región (entre 90.000 y 35.000 años B.P., *grosso modo*), ha sido investigado en la zona prácticamente desde principios del siglo XX, conociéndose algunas estratigrafías extensas de este período (Morín, El Pendo y Covalejos, esencialmente).

En el arco de la bahía se conocen hasta 7 cuevas con niveles asignables al complejo Musteriense, además de 23 asentamientos al aire libre. De ellos, han sido excavados las cuevas de El Pendo (Carballo y Larín, 1933; González Echegaray *et alii*, 1980; Montes y Sanguino, dir., 2001), Covalejos (Obermaier, 1916 y 1925), Ruso I (Muñoz, 1991), Morín (Carballo, 1923; González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973; Vega del Sella, 1921) y Santián (Andérez, 1954). Además, en Los Moros de San Vitores, Fernández Montes y J. Carballo practicaron sondeos, aunque no se conocen con precisión los resultados de los mismos, con excepción de una cita referente a la existencia de algunos materiales posiblemente musterienenses hallados por O. Cendrero a principios de siglo (Cendrero, 1915), por lo que el yacimiento es algo dudoso. Por el contrario, ninguno de los asentamientos al aire libre ha sido excavado.

En lo referido a los yacimientos en cuevas, hay que indicar la existencia, por un lado, de cavidades amplias y con buenas condiciones de habitabilidad, en las cuales aparecen estratigrafías amplias con niveles muy ricos en industrias y fauna, casos de Covalejos (González, Muñoz y Serna, 1995; Sanguino, comunicación personal), El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980) y Morín (González Echegaray y Freeman 1971 y 1973); y por otro, de cavidades con vestíbulos reducidos y peores condiciones de habitabilidad, donde aparecen niveles aislados ricos en fauna y pobres en industrias líticas, posiblemente derivado de la funcionalidad de los mismos, como Ruso I (Muñoz, 1991), Santián y Fuente del Francés (Obermaier, 1916).

La primera de las cavidades de este último grupo, Ruso I, presenta un nivel muy espeso aunque pobre en industrias, la segunda –Santián– fue excavada con motivo de la preparación de la cueva para usos turísticos por parte del equipo de los camineros, y su colección musterienense se conserva en el Museo Regional, estando formada por abundantes restos paleontológicos, muchos de ellos de grandes carnívoros, además de restos de grandes herbívoros, y pocas industrias líticas, entre las que destaca un hendedor de arenisca. Fuente del Francés, cuyo relleno arqueológico conocemos únicamente por citas antiguas ya que presenta actualmente su yacimiento vaciado, poseía en la base de la secuencia un nivel arcilloso amarillento (del que se observan testigos mínimos aún en el pequeño vestíbulo de la cavidad), el cual fue asignado al Musteriense (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988). Por último, y en lo referido a Los Moros de San Vitores, ya hemos apuntado nuestras reservas, aunque la cueva tiene un vestíbulo amplio y habitable, además de situarse en una posición privilegiada, en la cara sur de Peña Cabarga, que favorecían la potencial presencia de niveles arqueológicos de esta fase.

Los yacimientos al aire libre pueden ser clasificados en dos grandes tipos, los “talleres” (Mortera, Covachos B y C, El Rostrío, Rosamunda, Antes de la Punta de Cabezón de San Pedro, Faro de Bellavista, etc.), siempre cercanos a las afloraciones de sílex situadas en la costa actual y los asentamientos de “habitación”, Bezana (Carballo, 1924), Lluja y Loreda, cuya función debió de ser la de hábitat no permanente o punto de actividad puntual de subsistencia, y enclavados en las llanuras prelitorales inmediatas a la línea costera moderna.

Los primeros se caracterizan por la abundancia de los restos de talla y la escasez del utillaje (Muñoz y San Miguel, 1987), al contrario que los segundos, en donde abundan los útiles y son más raros los restos de la producción lítica.

Aparecen, además, y también al aire libre, yacimientos situados al pie de cuevas de hábitat: Al Pie del Pendo (Muñoz y Malpelo, 1992), Al Pie de Morín y Al Pie del Mazo (Muñoz y Malpelo, 1992), yacimientos todos ellos ricos en útiles, y más que probablemente relacionados con las cavidades. En el caso del Mazo, el hallazgo de evidencias musterienses delante de la boca podría estar informando de la existencia de niveles de esta cronología en la base de su secuencia, extremo no documentado en las excavaciones antiguas de Sautuola, Sierra y Carballo. Esta cuestión, apuntada por el CAEAP a partir de la existencia en la superficie actual de la cueva, entre arcillas amarillentas de aspecto pobre, de un hendedor reutilizado de arenisca, y del hecho de que Sierra (1909) localizara industrias y fauna (posiblemente *Coleodonta antiquitatis*) al pie de la cueva, probablemente en un cono de derrubios procedente de la propia cavidad, parece muy factible, si bien solamente nuevas intervenciones arqueológicas en la misma podrán confirmarlo.

A pesar de todos estos datos, y de la existencia de excavaciones sistemáticas en varios yacimientos, el desarrollo del Paleolítico Medio en la zona que analizamos (realmente en toda la Región Cantábrica) es mal conocido, entre otras razones, por la escasez de dataciones absolutas y datos paleoambientales que enmarquen los datos industriales disponibles. Además, estos últimos son de dudosa calidad, al estar basados en estudios tipológicos bastante superados y que han introducido no pocas distorsiones en el estudio de las estrategias de producción y uso de las industrias líticas, y sus implicaciones económicas.

Recientemente se han venido desarrollando varios estudios multidisciplinares en las cuevas de El Pendo y Covalejos, esencialmente limpieza de cortes antiguos y toma de muestras, con resultados dispares. En el primero de los casos (Montes y Sanguino, dir., 2001), un detallado estudio de la secuencia basal (niveles IX al XVIII de la secuencia definida por González Echegaray *et alii*, 1980:24-27), ha puesto de manifiesto el carácter derivado de la misma y la imposibilidad de seguir contando con esta estratigrafía para elaborar estudios de alcance sobre el Paleolítico antiguo. La redeposición de los materiales desde un punto inicial (ubicado en el vestíbulo) tras un complejo proceso postdeposicional de naturaleza esencialmente hídrica, que implicó el desplazamiento hacia el interior de la gruta (a favor de pendiente) de gran parte del yacimiento, y la existencia de inversiones estratigráficas documentadas fehacientemente con numerosas dataciones absolutas y otras evidencias arqueológicas, han venido a desmontar esta secuencia, casi un referente, y a invalidar sus aportaciones al estudio del Paleolítico regional, y muy especialmente en lo relativo al conocimiento de las ocupaciones más antiguas de la cavidad.

El caso de Covalejos¹, por el contrario, ha proporcionado datos que cabe calificar de prometedores, e incluso de espectaculares. El proyecto de limpieza y documentación

¹ Agradecemos al director de los trabajos su gentileza al facilitarnos algunos de los principales resultados obtenidos en los mismos, aún inéditos. Los personajes que “asesoran” (es un decir) a la Consejería no van ha impedir que el trabajo de J. Sanguino salga a flote, tanto por su calidad científica, como por los resultados obtenidos. De todos modos, es cuando menos bochornoso lo que con este colega están haciendo unos políticos engañados, muchas veces utilizados por “asesores” sin escrúpulos científicos de ningún tipo que, no pudiendo dañar a arqueólogos locales mejor asentados, lanzan su rabia e ira (que nadie entiende a qué se deben), contra personas con menos fijaciones administrativas y políticas. Con ello, seguramente, tratan de perjudicarnos, pero lo único que hacen realmente es perjudicar a la investigación científica de nuestra región y destrozarse la carrera científica de una persona cuyo único

estratigráfica de los niveles puestos al descubierto por las excavaciones antiguas, desarrollado por un equipo multidisciplinar dirigido por J. Sanguino González, entre 1997 y 1999, e incomprensiblemente paralizado por la Consejería de Cultura y Deporte cuando tan sólo restaba una campaña para su conclusión (aduciendo razones tan peregrinas como que no existía concordancia entre el título del proyecto solicitado en el año 2000 y las actuaciones a desarrollar), ha permitido documentar una amplia secuencia que abarca desde el último interglaciador hasta el Auriñaciense inicial.

Un total de hasta 8 niveles (D, H, I, J, K, M, N, y Q) con industrias musterienses y abundante fauna se suceden, con 3 costras estalagmíticas intercaladas (niveles L, N, P) en distintos puntos de la secuencia (que han permitido obtener fechas absolutas por Uranio/Thorio). El nivel J ofreció en el corte la sección de un hogar que fue datado por Termoluminiscencia. Las dataciones, de calidad y muy coherentes, han permitido enmarcar esta secuencia provisionalmente entre el 100.000 y el 37.000 B.P. El estudio de las industrias ha permitido reconocer la evolución del complejo Musteriense en esta cavidad, presentando dos fases bien definidas. Una primera, más antigua, caracteriza por la presencia de elementos que indican un dominio de las técnicas centripeta y levallois en la extracción de lascas, y una segunda, datada entre en torno al 38.000 B.P., caracterizada por la generalización de la técnica Quina para la obtención de los soportes. En el utillaje no se han apreciado cambios significativos (la muestra, no obstante, es muy corta al tratarse de limpiezas de cortes preexistentes) a lo largo de la secuencia, quizás el aumento en la frecuencia de las raederas carenoides en el tramo final, posiblemente en relación con la generalización de la técnica Quina, pueda ser reseñado.

La aparición en Covalejos de un nivel plenamente musteriense (D), con una cadena operativa Quina, al cual se superpone –sin solución de continuidad- un nivel (C) con industrias laminares (incluyendo hojitas Dufour) asignable al Auriñaciense 0, con diferencias evidentes en la composición de materias primas, y muy especialmente, en las estrategias de producción lítica, viene a confirmar la tesis de la ruptura cultural y la sustitución del tecnocomplejo industrial Musteriense por un complejo –el Auriñaciense- que nada tiene que ver con el precedente, en la transición entre el Paleolítico Medio y Superior. Esta transición parece registrarse en esta cavidad en fechas (aún por concretar de manera absoluta) que rondan los 36.000-37.000 años B.P.

La aparición de abundante fauna (tanto macro, como micro), de un excelente registro palinológico y antracológico, y de 2 piezas dentales neandertales, completan un panorama francamente denso y de especial interés para la reconstrucción paleoambiental y cronoestratigráfica de la primera mitad del Pleistoceno superior en el Cantábrico, y la revisión (francamente necesaria), de los complejos industriales del Musteriense regional. Sin duda, parece que Covalejos, y no El Pendo, es el lugar en el que se deberá centrar el estudio del Paleolítico Medio, a partir de ahora en la zona del arco de la bahía.

Otra cavidad que ha ofrecido datos para el conocimiento del Musteriense local es El Ruso I. Si bien su excavación tuvo un carácter de urgencia y no fue posible desarrollar un programa de investigación tan exhaustivo como el llevado a cabo en Covalejos, esta cavidad ofreció en su base estratigráfica un nivel (V) con industrias musterienses, principalmente raederas y hendedores, en donde se obtuvo una fecha por C14 que situaba el mismo en los inicios del Würm III, fecha demasiado reciente y que ha sido considerada por sus excavadores como errónea (Muñoz y Serna, 2000). El hecho de que el registro presentara numerosos problemas estratigráficos (principalmente solifluxiones), y que en determinadas zonas se detectasen percolaciones de los niveles superiores, con incorporación de algunos materiales arqueológicos, pudiera justificar esta datación.

La importante secuencia de Morín, excavada desde principios de siglo, y objeto de una excavación con metodología moderna a finales de los años 60, si bien no cuenta con ninguna datación absoluta, presenta un pormenorizado análisis de sus industrias que ha permitido

crimen ha sido el de compartir amistad y trabajo arqueológico -serio y riguroso- con personas que no son afines a estos señores.

conocer a grandes rasgos la evolución de los distintos niveles musterienses, y el cual se apoya, además, en estudios sedimentológicos, y en mucha menor medida en criterios faunísticos.

En Morín se ha asignado al Würm I el nivel estéril situado por debajo del nivel 22; al interestadio Würm I/II, el nivel 22; al Würm II, los niveles 17 y 16; y, al interestadio de Hengelo, los niveles del 15 al 11 (Butzer, 1981; González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973). Desgraciadamente, estas atribuciones no son hoy día contrastables y el valor de su secuencia, en el estado actual de las cosas, es muy relativo, siendo precisa una intervención similar a desarrollada en El Pendo y Covalejos para actualizar sus datos y contrastar las aportaciones que, a partir de los trabajos esencialmente de L.G. Freeman, se consideraban hasta fechas recientes como básicas para el conocimiento del Paleolítico Medio cantábrico.

Resumiendo la cuestión, y a la vista de todos estos datos, parece que la cultura Musteriense debió desarrollarse en la zona que analizamos en fechas tempranas, posiblemente desde finales del último interglaciario, hacia el 100.000 B.P., coincidiendo con la generalización y expansión de los denominados "neandertales clásicos", y alcanzando el Würm II/III (interestadio de Hengelo), en fechas en torno al 37.000 B.P.

Los restos faunísticos son abundantes en los yacimientos en cueva, e inexistentes en los localizados al aire libre (fundamentalmente por problemas de conservación de la materia orgánica). Dominan en todos los registros disponibles los taxones *Equus*, *Bovidae* y *Cervus elaphus*, apareciendo además cabra montés, corzo, y otras especies menos significativas. Los carnívoros son relativamente frecuentes, si bien en porcentajes muy inferiores a los documentados en los niveles más antiguos de Castillo y Lezetxiki. Los moluscos marinos son muy escasos, apareciendo únicamente alguna concha aislada de *Ostrea* y *Patella* en el nivel XVI de Morín y una *Littorina obtusata* perforada en El Ruso I.

Al contrario que en las fases precedentes, y seguramente motivado por la degradación de las condiciones climáticas que impuso el inicio de la última glaciación, se detecta un mayor uso de las cavidades, que pasan a ser los puntos desde los cuales se articula la explotación del medio. Cuevas como El Pendo, Morín y Covalejos, podrían haber actuado como campamentos base, desde los cuales se procedería a una explotación más estructurada del entorno que incluiría el uso de otras cuevas más pequeñas (Ruso I, Fuente del Francés, quizás El Mazo y Los Moros de San Vitores), como campamentos satélite especializados. Se denota una cierta especialización cinegética, con una tendencia a la caza de caballos, bóvidos y, cada vez con mayor frecuencia, ciervos. El modelo "extrayacimiento" propio del Paleolítico Inferior se ve superado y los enclaves al aire libre parecen ser el resultado de la obtención de materias primas (talleres) y, quizás, de cazadores puntuales íntimamente relacionados con las cavidades de hábitat, no habiéndose documentado campamentos al aire libre propiamente dichos, tal y como ocurría durante el último interglaciario (por ejemplo La Verde).

Las técnicas de talla durante el Musteriense son muy similares a las del Paleolítico Inferior, aunque tanto el facetaje, como la técnica *Levallois* y el índice de laminaridad tienen porcentajes notablemente más altos (si bien dentro de frecuencias discretas). Estos caracteres siempre se han tendido a relacionar con las materias primas utilizadas, como la ausencia de nódulos grandes de sílex de buena calidad. La talla centrípeta y Quina son las dominantes, aunque la técnica *levallois* no es infrecuente y la obtención de láminas comienza a ser habitual (aunque en porcentajes muy bajos).

El instrumental lítico musteriense se compone fundamentalmente de útiles sobre lasca realizados en distintas materias primas, fundamentalmente el sílex, la cuarcita y la ofita, apareciendo -en pequeños porcentajes-, el cuarzo y la arenisca. A diferencia que en el Paleolítico Inferior, el sílex es la materia prima dominante, con porcentajes que llegan a superar el 75 % del instrumental en casi todos los casos (Montes y Sanguino, 1998a). Aparecen, por primera vez, los yacimientos tipo taller, ubicados sobre canteras de sílex.

Tras el sílex, la cuarcita es la materia más empleada, generalmente en las variedades más cristalinas, y procedente de cantos fluviales. Su uso está relacionado con la fabricación de raederas, muchas veces con retoques tipo Quina. La ofita adquiere mayor importancia que en el Achelense, aunque su uso se restringe fundamentalmente a la fabricación de hendedores y

de algunos útiles sencillos sobre lasca, generalmente escotaduras, denticulados y raederas simples; la arenisca es usada ocasionalmente, si bien pierde peso específico respecto a las industrias del Paleolítico Inferior (Montes y Sanguino 1998a). Como exponíamos, el empleo de otras variedades líticas -como el cuarzo-, es anecdótico.

Las industrias musterienses enlazan, aparentemente sin solución de continuidad, con las documentadas en el Paleolítico Inferior (Montes, 1999), aunque presentan evoluciones reseñables en los procesos de talla, un acabado más regular y una mayor diversificación en el utillaje. La macroindustria se reduce, tanto en efectivos como en tamaños, aunque todavía suelen ser muy comunes los hendedores sobre lasca, mucho más regulares y mejor trabajados que los del Paleolítico Inferior, predominando tipos más evolucionados tipológicamente, siendo los más numerosos los de tipo II de Tixier, seguido de lejos por los de tipo III, sobre lasca *levallois*. Los bifaces son excepcionales y en general muy poco típicos, al igual que los cantos tallados. Los útiles sobre lasca están dominados por un limitado número de tipos, fundamentalmente raederas, denticulados y escotaduras, y en menor medida, puntas, aunque los porcentajes a veces son muy distintos entre los niveles, lo que llevó a considerar la existencia en la región de distintas facies, siguiendo las propuestas de F. Bordes.

Aunque en realidad estas diferencias, entre distintos niveles y/o yacimientos de la zona, están muy atenuadas, dependiendo además muchas veces de los criterios subjetivos de los investigadores, se ha propuesto la existencia de las facies de denticulados, *charentiense* de tipo *La Quina* y típico, que es el más abundante y que en un principio fue catalogado como Musteriense de tradición Achelense tipo A. Así, en cueva Morín se han clasificado varios niveles como Musteriense de denticulados (niveles XVII inf., XII y XI), entre los que se intercalaban niveles con industrias de la facies típica (XVII, XVI, XV y XIV/XIII) (González Echegaray y Freeman, 1971). En El Pendo, con graves problemas estratigráficos, se han identificado industrias de la facies típica y de denticulados (González Echegaray *et alii*, 1980). En Ruso I el único nivel existente ha sido asignado a la facies típica (Muñoz, 1991). Por último, en Covalejos, uno o varios niveles fueron asignados al *charentiense* tipo *La Quina* (González, Muñoz y Serna, 1995), con anterioridad a los trabajos actuales. El resto de los yacimientos son mal conocidos.

Los yacimientos al aire libre, incluyendo los talleres, han sido asignados en su mayoría a la facies típica, algunos de ellos con hendedores sobre lasca (Muñoz y San Miguel, 1987).

Con todo, y como ya se ha indicado, las diferencias entre los diferentes conjuntos son realmente menores de lo admitido tradicionalmente y en las nuevas clasificaciones de los materiales conservados en los museos se observa un menor peso específico de los denticulados que el tradicionalmente considerado. Posiblemente, este útil, a veces de difícil clasificación, cuando no producto de las alteraciones postdeposicionales, haya introducido distorsiones en las interpretaciones.

La presencia en algunos niveles de muchas raederas carenadas con retoque tipo *La Quina*, como se ha documentado recientemente en El Pendo y Covalejos, pudiera estar relación con la materia prima empleada, especialmente cantos pequeños de origen fluvial, de sílex y cuarcita cristalina, donde el tipo de lascas extraídas comúnmente para aprovechar mejor el núcleo es el de gajo de naranja (técnica Quina), soporte muy apropiado para la realización de este tipo de útil. Quizás, como se ha apuntado recientemente para el nivel XVI de El Pendo (asignado por Freeman al Musteriense de denticulados), estas raederas fueran confundidas con denticulados (realmente raros en este nivel) (Martín Blanco, en Montes y Sanguino, dir., 2001), y este hecho haya ayudado a introducir aún mayores confusiones de las que, de por sí, introducía la aplicación de la subjetiva tipología de F. Bordes.

En nuestra opinión, y siguiendo las actuales corrientes de estudio de los complejos industriales del Paleolítico antiguo, el discurso de las facies está agotado y ampliamente superado, y realmente no aporta más que "ruido de fondo" y confusiones crono-culturales que sólo el estudio tecnológico basado en el análisis de las cadenas operativas líticas puede despejar. A partir de esto último, se viene reconsiderando, y redefiniendo, el Musteriense del suroeste de Europa en los últimos años. En el arco de la bahía, en donde se ha introducido muy recientemente esta metodología, sus primeros resultados (Pendo y Covalejos,

esencialmente) apuntan a una mayor homogeneidad de las industrias, con evoluciones matizadas y centradas más en la tecnología que en la tipología, y a una variabilidad más limitada y condicionada por aspectos como la disponibilidad de materias primas, la funcionalidad de los yacimientos y las subjetividades aportadas por los propios procesos de obtención arqueológica de los materiales, por no hablar de las distorsiones que los fenómenos postdeposicionales (antes nunca considerados) han podido introducir en los distintos niveles disponibles. A la vista de todo esto, parece necesario iniciar un proceso de revisión, denso y profundo, de los caracteres de los complejos industriales, que incluya nuevas aportaciones y una reelaboración de las tesis hasta ahora mantenidas.

El apogeo de los cazadores cantábricos (el Paleolítico Superior).

El desarrollo del Paleolítico Superior en el arco de la bahía es relativamente bien conocido, tanto por la abundancia de enclaves asignables a esta fase, como por el especial desarrollo investigador que han recibido las evidencias del Pleistoceno superior final, tradicionalmente.

Actualmente se conocen 21 yacimientos en cueva (Muñoz, 1992 y Muñoz, 1996) y 4 yacimientos al aire libre (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988), de los cuales se han excavado o sondeado los yacimientos de Covalejos, Las Cubrizas (Morlote y Muñoz, 2000), El Pendo (Montes, 2000), Alto del Peñajorao (Moure, 1970), Ruso I (Muñoz, 1991), Juyo (González Echegaray y Freeman, 2000), Mazo (Sierra, 1909), Castañera III y Castañera IV (Muñoz, San Miguel Llamosas y CAEAP, 1988), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973), Los Moros de San Vitores (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988), La Garma A (Arias *et alii*, 1999), San Juan de la Canal III y El Rostrío E, aunque en el caso de las cuevas del Mazo y de Los Moros, las excavaciones son antiguas y los datos disponibles muy limitados. En Las Cubrizas, Castañera III y Castañera IV solamente se han realizado sondeos, y en los casos de Covalejos, San Juan de la Canal III y El Rostrío E, las actuaciones son muy recientes, estando actualmente en fase de estudio.

Además, se conocen un buen número de yacimientos con arte rupestre paleolítico: Calero II (Muñoz y Morlote, 2001), Santián (Moure, 1991-1992), Alto del Peñajorao (Muñoz y Malpelo, 1992), El Pendo (Alcalde del Río, Breuil y Sierra, 1911 y Montes *et alii*, 1998), Juyo (Janssens, González Echegaray y Azpeitia, 1958; Morlote, Montes y Muñoz, 2001), Morín (Serna *et alii*, 2001), La Llosa (González Sainz *et alii*, 2000), Los Moros de San Vitores (Montes, Muñoz y Morlote, 2001) y La Garma –Galería Intermedia y Galería Inferior- (Arias *et alii*, 1999), además de los muy dudosos de La Peñona (Serna *et alii*, 2001) y del Oso (VV.AA., 1989), ambas con grabados rupestres poco significativos crono-culturalmente, y la segunda incluso de dudosa antigüedad.

Los asentamientos son de dos tipos, cuevas y al aire libre. Durante el Paleolítico Superior las cuevas son muy usadas y pasan a constituir, definitivamente, los puntos de referencia en las actividades de hábitat y de subsistencia. En general, se tienden a usar las que tienen entradas amplias y bien orientadas. Por un lado, aparecen algunas cavidades con vestíbulos amplios y secos, muy habitables, y en donde se registran estratigrafías densas de este período, probablemente como resultado de estancias bastante prolongadas en las mismas (función de hábitat central), este sería el caso de El Pendo, Morín, Juyo y La Garma, y en menor medida, de Covalejos y Los Moros de San Vitores. También presentan registros densos grutas con dimensiones mucho más reducidas, aunque situadas en puntos estratégicos, algunas de las cuales son estaciones especializadas de caza, como Ruso I, El Mazo, La Garma A y Fuente del Francés. Por último, se documentan cuevas similares a las anteriores pero con estratigrafías mucho más limitadas, como Las Cubrizas, Alto del Peñajorao (Moure, 1970), La Llosa (González Sainz *et alii*, 2000), Castañera III, Castañera IV, La Iglesia I y II (Muñoz y Serna, 1995), y N^a S^a de Loreto (Sierra, 1909).

En las cuevas de Calero II y Santián únicamente han aparecido escasos materiales en superficie en el interior de las mismas, quizás en relación con la decoración parietal paleolítica

que presentan, sin que se haya documentado la existencia de niveles arqueológicos propiamente dichos.

Además, y como señalábamos, se han reconocido 10 cavidades con manifestaciones seguras de arte rupestre paleolítico, a las cuales se suman dos muy dudosas, La Peñona y El Oso. Estas dos últimas no poseen industrias ni indicios del Paleolítico Superior y es harto discutible que sus manifestaciones (grabados exclusivamente) puedan ser adscritas a esta fase.

Únicamente hay una cueva con un dispositivo parietal complejo y, con seguridad, decorada en distintos momentos del Paleolítico Superior, La Garma. El resto, incluido El Pendo, parecen pertenecer a momentos puntuales y por sus caracteres tecno-estilísticos internamente sincrónicos.

Al margen de La Garma y El Pendo, que presentan conjuntos parietales amplios, el resto de cavidades poseen tan solo pequeños conjuntos de figuras, bien a base de animales: Juyo y Los Moros de San Vitores; signos: Calero II y Santián; o ambos combinados: La Llosa. El resto solamente presentan pinturas no figurativas aisladas: Alto del Peñajorao, Morín (Serna *et alii*, 2001), y la galería intermedia de La Garma (Arias *et alii*, 1999).

Por lo que a los yacimientos al aire libre hace referencia, y más si comparamos con lo documentado para el Paleolítico antiguo, destaca el hecho de que sean muy escasos, tan sólo cuatro, tres de los cuales se sitúan en la línea costera actual, junto a las afloraciones naturales de sílex: Somocuevas B (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988), San Juan de la Canal III y El Rostrío E, todos ellos, sin duda alguna, talleres. El cuarto yacimiento, El Callejón de Cabárceno (Fernández Montes, 1936), se sitúa al pie de Peña Cabarga, en el borde de un valle muy llano y protegido, desconociéndose en realidad su posible funcionalidad.

Como hemos apuntado ya, parece evidente que, tanto las industrias, como las estructuras de explotación económica, cambian sustancialmente con respecto al Paleolítico Medio. Por un lado, se consolida la mayor utilización del sílex, perdiendo importancia el resto de los materiales, a excepción del cuarzo, aunque este último nunca alcanza porcentajes realmente reseñables. Además, se produce una intensa selección del sílex de alta calidad (probablemente este aumento del peso específico del sílex esté en relación con el progresivo desarrollo de las industrias sobre soporte laminar).

Aparecen nuevos tipos de útiles y se diversifican otros tipos ya conocidos, reduciéndose el peso específico de los útiles más tradicionales, como las escotaduras, las raederas y los denticulados. El desarrollo de las industrias de hueso y de asta son, sin duda, uno de los elementos tecnológicos característicos del Paleolítico Superior, apareciendo tipos específicos en cada período. A ello habría que sumar la aparición y el desarrollo del fenómeno artístico, tanto sobre soportes mobiliarios como parietales.

Paleolítico Superior inicial (circa 36.000-21.000 B.P.)

Aunque son relativamente frecuentes los niveles Auriñacienses y Gravetienses en los yacimientos de la zona, el desarrollo de esta primera etapa del Paleolítico Superior es todavía mal conocida y está sujeta a una amplia problemática, en sus fases iniciales, en relación con la transición Paleolítico Medio/Superior.

Vestigios del Paleolítico Superior inicial aparecen en Covalejos (comunicación personal de J. Sanguino), El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980), Ruso I (Muñoz y Serna, 1999), El Mazo (Azcuénaga, 1976), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971 y 1973), Los Moros de San Vitores (Carballo, 1922), La Garma A (Arias Cabal, comunicación personal), La Iglesia I y II (Muñoz y Serna, 1995), además del yacimiento al aire libre de El Rostrío E (comunicación propia, del gabinete de arqueología GAEM). Como es apreciable, la mayor parte de las cavidades poseen yacimientos musterienses, excepto La Iglesia I y II, y El Mazo (aunque, como comentábamos, esta cavidad pudiera contenerlo). Se detecta un ligero crecimiento en el número de yacimientos en cueva (de 7 en el Paleolítico Medio se pasa a 9 en los inicios del

Superior) y, de manera mucho más llamativa, una reducción de los yacimientos al aire libre (de 23 a tan sólo 1). Ello hay que ponerlo en relación con la concentración de las actividades de subsistencia en las cavidades, en detrimento de los enclaves al aire libre.

Hasta fechas recientes, las estratigrafías de El Pendo y Morín (junto con El Castillo) eran básicas para el estudio de la transición entre el Paleolítico Medio y el Superior y para el conocimiento de las primeras fases del Superior, no sólo ya en el arco de la bahía, sino a nivel de toda Europa sur-occidental (Cabrera y Bernaldo de Quirós, 1996; Zilhão y d'Errico, 2000). No obstante, los datos de estas cavidades vienen siendo seriamente cuestionados, tanto a nivel sedimentológico (Hoyos y Laville 1982; Laville y Hoyos, 1994; Montes y Sanguino, dir., 2001), como de interpretación arqueológica (Zilhão y d'Errico, 2000). Por nuestra parte, podemos sintetizar sucintamente los problemas que, actualmente, plantean estas estratigrafías:

En el caso de Morín, a un nivel claramente musteriense, el 11, seguiría un nivel Chatelperroniense (10) y un nivel Auriñaciense (9), en lo que constituiría una secuencia tipo de lo que, hasta fechas recientes, se entendía para la transición y los inicios del Paleolítico Superior en el sudoeste de Europa. Sin embargo, y como Laville y Hoyos (1994) han expuesto, esta parte de la estratigrafía presenta abundantes procesos erosivos postdeposicionales (crioturbaciones, erosiones hídricas), que no permiten discriminar una secuencia completa de esta fase. Así, en realidad, el nivel 10 (de tan sólo 2-5 cm. de espesor) no sería más que un paquete discontinuo de limos erosionado hacia el interior de la cavidad, y festoneado hacia el exterior (soliflucción). De este modo, cabe interpretar este delgado nivel más como un contacto erosivo y alterado por corrientes hídricas, entre la parte superior del nivel 11 (que presenta crioturbaciones), y el material sedimentario del nivel 9 (con festoneado basal –soliflucción- y evidencias de crioturbación).

Puestas así las cosas, no parece demasiado arriesgado interpretar el nivel 10 como una mezcla (casi a partes iguales) de materiales sedimentarios alterados de los niveles 11 (Musteriense) y 9 (Auriñaciense) (Laville y Hoyos, 1994; M. Hoyos, comunicación personal), más que como un nivel *sensu stricto*. El episodio temporal que abarcaría entre el final de la formación del nivel 11 y el inicio del 9 no habría dejado evidencias estratigráficas (al contrario de lo que sucede en Covalejos), al tratarse de un momento con fuertes procesos erosivos en la cavidad.

El caso de El Pendo, sobradamente conocido, es aún más espectacular. Hoyos y Laville (1982) detectaron problemas al enlazar los estratos de los cortes puestos al descubierto entre 1953 y 1957, a la altura de los nivel IX y VIII (precisamente los implicados en la transición). Estos niveles sirvieron de base a Butzer para establecer parte de su secuencia, y a González Echegaray (1980) para establecer la seriación crono-cultural de la transición. En opinión de Hoyos y Laville el enlace entre los cortes 1 y 2 no estaba realizado de una manera correcta, dándose una repetición de términos. En esencia, podemos resumir que lo que para Butzer era, en el corte 1 (superior), el nivel VIIIb, en el corte 2 (inferior) era el denominado nivel VIII d. Asimismo, lo que en el corte 1 era el VIIIc en el corte 2 era el llamado nivel IX. Esta cuestión era especialmente importante porque la industria del nivel VIIIb se atribuyó al Auriñaciense y la del VIII d al Musteriense, lo que suponía una contradicción evidente, ya que en realidad se trata del mismo nivel. En todo caso, y como ha quedado patente tras los trabajos de Montes y Sanguino (2001) en la cavidad, la secuencia clásica de El Pendo no posee ninguna fiabilidad y presenta tal número de anomalías estratigráficas (incluyendo evidentes revueltos), que plantearse una discusión a partir de sus datos parece, a estas alturas, un esfuerzo absurdo.

Puestas así las cosas, podemos decir que el Paleolítico Superior comenzaría en el arco de la bahía, a partir del registro con datos más actualizados, Covalejos (J. Sanguino, comunicación personal), en los inicios del Würm III, en fechas entorno al 37.000-36.000 B.P. Descartadas las interpretaciones sedimentológicas y palinológicas de Morín, y sobre todo, de El Pendo (Hoyos y Laville 1982; Laville y Hoyos, 1994; Montes y Sanguino, dir., 2001), tan sólo podemos referenciar este asunto a los recientes datos de esta cavidad, con dataciones absolutas, datos palinológicos y arqueológicos recientes y fiables. En esta secuencia, los últimos niveles musterienses (H, I) son seguidos de episodios estratigráficos prácticamente estériles, y de poco espesor (C, D, E, F, G), hasta alcanzar el nivel B, con azagayas de hueso

de base hendida de pequeño y mediano tamaño, hojas auriñacienses y datos sedimentarios y palinológicos coherentes.

El Chatelperroniense cantábrico, que hasta el momento solamente se había “documentado” en los niveles VIII de El Pendo y 10 de Morín, parece quedar, ante los datos expuestos, en suspenso. Sin negar de manera absoluta su existencia (puede que los niveles de Morín y Pendo contengan evidencias de este complejo industrial, aunque en contextos estratigráficos con problemas postdeposicionales y con mezclas arqueológicas), el hecho de que no aparezca en otros registros, y más en concreto en otros yacimientos con amplias evidencias de la transición (La Viña, El Castillo), nos hace ser un tanto escépticos. No podemos entrar a considerar y valorar en su justa medida esta cuestión aquí y ahora, tampoco las diferencias que el modelo de transición que apunta Covalejos (tanto en cronologías absolutas, como en desarrollo crono-cultural) presenta respecto al modelo aportado por los excavadores de la cueva de El Castillo (Cabrera y Bernaldo de Quirós, 1996), pero sin duda el debate que se abre a la luz de la revisión de El Pendo, Morín, y sobre todo, Covalejos, es de un calado considerable y, sobre todo, muy sugerente científicamente. Sin duda, todo apunta a que el modelo vigente hasta fechas recientes para explicar los inicios del Paleolítico Superior cantábrico (Bernaldo de Quirós, 1982 y 1994), parece haber entrado en crisis. De todo ello esperamos, impacientes, novedades a corto plazo.

El Auriñaciense arcaico se documentó en los niveles 9, 8b y 8a de Morín y en los niveles VIIIb y VIIIa de El Pendo. Obviando éstos últimos, por las razones reiteradas, esta fase solamente puede ser caracterizada a partir de los datos de la primera de estas cavidades. Las industrias presentan una proporción elevada de hojitas Dufour -útil característico-, además de los raspadores auriñacienses (carenados y en hocico), que son más frecuentes que los buriles. Además, aparecen hojas auriñacienses y hojas retocadas. El grupo perigordense está pobremente representado.

En el nivel VIIIb de Morín se documentaron estructuras complejas que se han interpretado como enterramientos, destacando el denominado enterramiento “Morín 1” (González Echegaray y Freeman, 1973).

En cuanto a la fauna, las especies predominantes son -en este orden- el caballo, el ciervo y el gran bóvido, existiendo presencia de moluscos marinos. Según los datos sedimentológicos, estos niveles se habrían formado bajo condiciones templadas.

Por encima de estos niveles, en Morín se localizaron horizontes del Auriñaciense clásico (niveles 7 y 6), también documentados en Covalejos (nivel B), Los Moros de San Vitores y, de nuevo, El Pendo. En lo industrial, esta fase se caracterizaría por una industria lítica muy homogénea y por la presencia, en la industria ósea, de azagayas sobre hueso de base hendida. Los raspadores presentan altas frecuencias (especialmente los tipos auriñacienses), siempre en proporciones mucho más elevadas que los buriles. Estos son, generalmente, diedros, apareciendo algunos buriles arqueados. Son frecuentes, asimismo, las hojas auriñacienses, algunas de ellas estranguladas, mientras que el utillaje con dorso está pobremente representado (Bernaldo de Quirós, 1982).

En cuanto a la fauna, hay que señalar en Morín y Covalejos el predominio del ciervo, seguido de los grandes bóvidos y de los corzos, apareciendo algunos moluscos marinos.

Además de estos yacimientos, hay otros con industrias del Paleolítico Superior inicial (con materiales tal vez auriñacienses), como La Garma A, las cuevas de La Iglesia I y II, El Mazo y el yacimiento al aire libre de El Rostrío E.

En la cueva de La Iglesia de Navajeda, J. Carballo señaló industrias auriñacienses (Carballo, 1922), habiéndose estudiado una pequeña colección de superficie, con 15 útiles, entre los que destacaban una hoja auriñaciense, un buril sobre fractura y un perforador, además de raederas, denticulados y escotaduras, y bastantes restos de talla, todo ello realizado preferentemente en sílex (también están presentes la cuarcita y la ofita). Los huesos con marcas de procesamiento son muy comunes entre la abundante fauna asociada, estando bien representado el caballo, seguido del ciervo y del gran bóvido, y con presencia de cabra montés,

además de algunos moluscos marinos (Muñoz y Serna, 1995). La Iglesia II es una cavidad muy reducida, colmatada al fondo, que únicamente ha proporcionado en superficie una punta de chatelperrón y una hojita sin retocar de sílex, al margen de abundantes restos paleontológicos, entre los que dominan los grandes bóvidos, los ciervos y los caballos, con presencia de dos molares de rinoceronte (aparentemente *Coleodonta antiquitatis*) y de restos de oso, hiena, lobo y zorro (Muñoz y Serna, 1995).

En El Mazo se señaló, a principios de siglo, un nivel auriñaciense en la base estratigráfica, donde fue hallada una calota humana (Sierra, 1909), desconociéndose los rasgos industriales del nivel.

En El Rostrío E, que ha sido excavado de urgencia recientemente por parte de un equipo del gabinete de arqueología GAEM, se han documentado, en el relleno de una serie de pequeños paleocanales producidos por las aguas de escorrentía (ubicados junto a afloramientos de caliza con nódulos naturales de sílex asociados), abundantes materiales de sílex, generalmente restos de talla, y algunos útiles -tanto elaborados como en proceso de fabricación-. Se trata de industrias un tanto atípicas, con presencia de raspadores, buriles, raederas, escotaduras, etc., que de manera preliminar han sido asignadas al Auriñaciense.

Las últimas fases del Auriñaciense son mucho peor conocidas. En principio, se habían documentado niveles del Auriñaciense evolucionado en el nivel 5 inferior de Morín, en el nivel Vb de El Pendo y en el nivel 4b del Ruso I. Sin embargo, estos conjuntos son, industrialmente, bastante heterogéneos, apareciendo azagayas fusiformes y aplanadas. Las industrias líticas son menos características que las del Auriñaciense clásico, siendo frecuentes todavía los raspadores y las hojas auriñacienses, mientras que los útiles perigordenses son todavía escasos (Bernaldo de Quirós, 1982). Destaca la aparición de un pozo circular de 44 cm. de diámetro en el nivel del Ruso I (Muñoz, 1991).

En Morín el animal más frecuente es el ciervo, aunque no son raros los restos de corzo, gran bóvido y caballo; en el nivel 4b del Ruso I predomina el ciervo, seguido del caballo, el corzo y el zorro, apareciendo, además, cabra montés, gran bóvido, proboscídeo (posiblemente mamut), lagomorfos y aves, al margen de *Arvicola terrestris*, *Littorina littorea* y *Littorina obtusata*. Una esquirla de hueso fue datada por acelerador, proporcionando una fecha bastante coherente: BETA12.036, 27.620 ± 180 B.P. (Muñoz y Serna, 2000).

En El Pendo las industrias del Auriñaciense evolucionado son, según González Echegaray (1980), frecuentes, aunque el carácter derivado del depósito y sus problemas estratigráficos hacen poco fiable este yacimiento y debemos optar por discriminarlo.

El Gravetiense está presente en los niveles 5 superior y 4 de Morín (González Echegaray y Freeman, 1971), y de nuevo en El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980). Descartando el valor de El Pendo, solamente nos resta Morín para caracterizar esta fase.

La industria ósea es, en general, escasa y poco característica. La industria lítica se caracteriza por la abundancia del utillaje de dorso, con algunos útiles característicos como las puntas de *La Gravette* y de *Font Robert*, aunque los raspadores auriñacienses siguen siendo frecuentes (Bernaldo de Quirós, 1982). En Morín la fauna está dominada por el ciervo, aunque siguen siendo frecuentes los corzos, los caballos, los grandes bóvidos y las cabras monteses, apareciendo de forma esporádica el mamut, el rebeco, la liebre y el jabalí; también aparecen algunos moluscos marinos. El Gravetiense se desarrolla durante el final del Würm III, con un clima húmedo, poco frío o fresco (Hoyos, 1995).

En cuanto al fenómeno artístico del Paleolítico Superior inicial hay que señalar, que para el Auriñaciense, contamos tan sólo con la presencia de algunas muestras de arte mobiliario en Morín (González Echegaray y Freeman, 1971), El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980) y El Ruso I (Muñoz, 1991), no habiéndose documentado hasta el momento vestigios de arte parietal, como por otro lado parece normal si Chauvet no es, como a nosotros nos parece, sino una anomalía producto de un ataque de genialidad aislado de un auriñaciense preclaro y vidente, o un monumental fracaso de los procedimientos de datación absoluta y de las técnicas modernas de documentación del arte rupestre.

De nuevo, Covalejos ofrece novedades sobresalientes. Así, en el nivel B de la secuencia limpiada y analizada por J. Sanguino (nivel datado en el Auriñaciense I) se ha localizado una plaqueta de arenisca con abundantes grabados no figurativos y una clara línea cérvico-dorsal con un despiece de crinera asignable, sin muchos problemas, a un caballo. Esta pieza, actualmente en estudio, supone la aparición de una de las primeras manifestaciones artísticas en nuestra región, sino la más antigua.

En general, en el Auriñaciense y el Gravetiense son comunes los colgantes, algunos en talquita, apareciendo una única muestra, algo dudosa, de representación figurativa, un antropomorfo grabado en trazo fino del Gravetiense de Morín (Bernaldo de Quirós, 1982).

En contraste con esta pobreza, el arte parietal comienza, a partir del Gravetiense, a ser relativamente abundante. A esta fase se pueden atribuir los conjuntos de Calero II (Morlote y Muñoz, 2001), una buena parte de las representaciones de La Garma (Arias *et alii*, 1999), posiblemente el homogéneo conjunto de El Pendo (Montes y Sanguino, dir., 2001) y el de La Llosa (González Sainz *et alii*, 2000), y ya con muchas dudas, las representaciones de Santián (Alcalde del Río, Breuil y Sierra, 1911) y Alto del Peñajorao (Muñoz y Malpelo, 1992).

En La Garma, actualmente en fase de estudio, pertenecerían a momentos antiguos (Auriñaciense final, o más posiblemente, Gravetiense), el importante conjunto del fondo de la cueva, en donde son muy abundantes las manos negativas rojas, los trazos pareados, las puntuaciones, etc. En esta misma cavidad hay otros conjuntos antiguos, separados espacialmente del conjunto con manos, y situados en áreas más cercanas a la boca primitiva, donde son muy abundantes los cuadrangulares sencillos y otros signos, generalmente en rojo (hay alguna representación también en negro), con temas animales como cabras monteses, un megacero hembra, bisontes, etc. En la Galería Intermedia se han localizado discos gruesos realizados mediante la técnica de soplado, en rojo, probablemente también antiguos. La publicación del estudio definitivo del conjunto parietal y del yacimiento se espera con gran expectación e interés.

Otro conjunto importante en el arco de la bahía es el localizado, en 1997, en la cueva de El Pendo. En esta cavidad únicamente se conocían, con anterioridad, algunos grabados incisos finos que representan la figura de un ave (posiblemente un anseriforme), y de un cuadrúpedo de pequeña cabeza (quizás un équido). Estos son de difícil encuadre cronológico.

En el centro de la cavidad, en un friso visible desde cualquier punto de la gruta (incluida la boca) aparece el conjunto de animales, signos y restos perdidos (hasta 24 unidades gráficas) pintados en rojo (salvo una figura, realizada en siena), y que en este mismo volumen son objeto de un estudio específico.

En el friso de las pinturas de El Pendo predomina la figura de cierva, apareciendo también el caballo y una cabra montés. Los signos son escasos, únicamente algunos trazos pareados y otros de más difícil valoración. Las figuras han sido hechas con distintas técnicas, destacando el tamponado y la tinta plana. A diferencia de otros conjuntos rupestres equiparables de la región, las representaciones están colocadas en un gran friso, muy visible desde puntos alejados, siendo generalmente las mismas de gran tamaño (Montes y Sanguino, dir., 2001).

En la cueva del Calero II se ha documentado un pequeño conjunto rupestre, en donde predominan las figuras rojas, con hileras de puntuaciones, puntuaciones aisladas, un laciforme, etc. Hay algunas pinturas negras (varias de ellas realizadas con carbones vegetales), que quizás pudieran representar contornos inacabados. Una de éstas ha sido fechada por C14 AMS obteniéndose una data de 25.185 ± 450 B.P. (AA-20046). Además, se han localizado varios paneles con grabados, entre los que destaca un gran signo cerrado realizado con grabado inciso grueso, en forma cerrada con dos apéndices en los extremos, un pequeño panel de *macarronis* realizados sobre calcita blanda, y una oquedad circular tallada sobre una costra estalactítica (Morlote y Muñoz, 2001).

En La Llosa, todavía en estudio, los firmantes de este trabajo y el fotógrafo J. Herrera localizaron recientemente un pequeño conjunto de pinturas rojas y grabados, con la representación de un cuadrúpedo de mediano tamaño, dos signos cuadrangulares rojos, una línea de puntos de color violáceo, restos de ocre muy perdido y un gran conjunto de grabados incisos finos todavía sin analizar en profundidad (González Sainz *et alii*, 2000).

El sobradamente conocido conjunto de Santián presenta un gran panel de signos rojos, de forma alargada y ramificaciones en los extremos distales, un aspa y algunas manchas. Además, hay varios grabados incisos sin estudiar que solamente han sido citados. El conjunto presenta una enorme dificultad para ser datado (Moure, 1991-1992).

Por último, en la cueva del Alto del Peñajorao únicamente se conserva un signo en ángulo y diversas manchas muy perdidas, todo ello en rojo (Muñoz y Malpelo, 1992).

La época solutrense (circa 21.000-16.500 B.P.).

Es relativamente bien conocida, habiendo sido documentada en las cuevas de Covalejos (González; Muñoz y Serna, 1995), El Pendo (Carballo y González Echegaray, 1952; Corchón, 1971; Montes y Sanguino, dir., 2001), Ruso I (Muñoz y Serna, 1999), El Mazo (Azcuénaga, 1976), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971), Fuente del Francés (Obermaier, 1916) y La Garma A (Arias *et alii*, 1999), y los yacimientos al aire libre de San Juan de la Canal III (comunicación propia, gabinete de arqueología GAEM) y El Callejón de Cabárceno (Corchón, 1971).

El Solutrense medio, que se desarrolló durante la fase Würm III-IV, correspondiente al interestadio de Laugerie de la secuencia polínica, y fechable entre el 20.000 y el 19.000 B.P. (Hoyos, 1995), está mal representado. Únicamente el nivel VI de Covalejos, con algunas puntas de laurel, situado por debajo de un nivel (V) con puntas de muesca, ha sido atribuido a este horizonte. El nivel, con limos pardo-grisáceos y cantos de caliza, únicamente se conserva en testigos laterales y es mal conocido (González, Muñoz, y Serna, 1995), no estando presente en la secuencia recientemente analizada por J. Sanguino.

El Solutrense superior, que se desarrollaría durante el Würm IV, Cantábrico I y II, la primera correspondiente al Dryas antiguo de la secuencia polínica (entre 18.000 y 17.200 B.P.), con un clima más frío y seco que la etapa precedente; y la segunda, correspondiente al interestadio de Lascaux de la secuencia polínica (entre 17.000 y 16.200 B.P.), con un clima húmedo y fresco (Hoyos, 1995), es, al contrario que las fases precedentes, muy abundante.

Está caracterizado por la aparición de las puntas de muesca, a las que se asocian otros tipos de puntas, como las de sauce y las de base cóncava. El resto de las industrias líticas tienen gran variabilidad. La industria ósea se caracteriza por la abundancia de azagayas, siendo características las aplanadas y curvadas con el bisel central, y las agujas. En los momentos más avanzados del Solutrense superior aparecen industrias semejantes a las magdalenienses, con escasas puntas típicas, generalmente de muesca (casi siempre de reducido tamaño y de formas poco convencionales), abundancia de hojitas retocadas, generalmente de dorso, y mayor frecuencia de buriles, además de las piezas de dorso y una relativa riqueza de instrumental óseo (Straus, 1975).

Niveles del Solutrense superior han sido documentados en El Ruso I (Muñoz y Serna, 1999), El Pendo (Muñoz, en Montes y Sanguino, dir., 2001), Morín (Vega del Sella, 1923; González Echegaray y Freeman, 1971), Covalejos (González, Muñoz y Serna, 1995), El Mazo (Azcuénaga, 1976), y en el yacimiento de San Juan de la Canal III (GAEM, comunicación propia).

En el Ruso I aparecen dos niveles sucesivos, el IVa y el III, el segundo de un momento muy tardío, con algunas muestras de arte mobiliario. El primero ha sido atribuido al Würm IV-Cantábrico I, y el segundo al Würm IV-Cantábrico II. De este último se conoce una fecha de C14 de 16.410 ± 210 B.P. En ambos casos dominan los restos de ciervos y caballos, siendo frecuente el corzo y existiendo presencia de moluscos marinos (Muñoz y Serna, 2000).

En El Pendo (“corte solutrense de Carballo”, Muñoz, en Montes y Sanguino, dir., 2001) y Morín aparecen niveles aislados, quizás del Würm IV-Cantábrico II, con abundantes industrias líticas, donde domina ampliamente el ciervo (Straus, 1975; Castaños, en Montes y Sanguino, dir., 2001).

En las cuevas del Mazo y Covalejos únicamente se conocen algunos materiales aislados, con varias puntas típicas, destacando una de base cóncava en la cueva del Mazo y una de muesca unifacial en Covalejos.

Por último, San Juan de la Canal III también es atribuible a esta cronología, apareciendo varias puntas de muesca, muy poco retocadas y con la muesca realizada mediante retoque abrupto, con abundantes restos de talla asociados, debidos seguramente a su funcionalidad de taller.

Además de los yacimientos comentados se conocen industrias solutrenses, o referencia a las mismas, en las cuevas de La Garma A, en la cueva de la Fuente del Francés y en el yacimiento al aire libre de El Callejón de Cabárceno, investigado a principios de siglo, con algunas industrias líticas poco características y fauna, incluyendo algunos carnívoros (Fernández Montes, 1936).

En cuanto al hecho artístico de esta época hay que señalar la presencia de algunas muestras de arte mobiliario en El Ruso I, donde destacan varias esquirlas óseas con grabados incisos finos de líneas paralelas y en damero, y un fragmento de cuerno de ciervo con un complejo motivo geométrico en grabado grueso (Muñoz y Serna, 2000). En el “corte solutrense” de la cueva de El Pendo Carballo localizó un colgante, denominado tradicionalmente “venus de El Pendo” (Barandiarán, 1973).

Arte parietal de esta fase no ha sido documentado fehacientemente, si bien no es descartable que algunas de las cuevas enumeradas para la fase anterior pudieran contener manifestaciones de cronología solutrense, especialmente parte del conjunto de La Garma (Arias *et alii*, 1999) e incluso el conjunto pictórico de El Pendo, como señalan sus investigadores en el apartado de la cronología del conjunto (Montes, en Montes y Sanguino, dir., 2001).

El Magdaleniense (circa 16.500-11.500 B.P.).

Los restos de esta fase son abundantes en el área de la Bahía de Santander. Se han catalogado 12 cavidades con niveles magdalenienses: Las Cubrizas (Morlote y Muñoz, 2000), Covalejos (Obermaier, 1916), N^a. S^a. de Loreto (Sierra, 1909), Alto del Peñajorao (Moure, 1970), El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980; Montes y Sanguino, dir., 2001), El Juyo (González Echegaray y Freeman, 2000), El Mazo (Azcúenaga, 1976), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971), Castañera III y IV (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988), La Llosa (González Sainz *et alii*, 2000), Fuente del Francés (Obermaier, 1916), La Garma A y La Garma galería inferior (Arias *et alii*, 1999); y un yacimiento al aire libre –de dudosa adscripción–, Somocuevas B (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988).

El Magdaleniense arcaico y el Magdaleniense inferior se documentan desde finales del Würm IV-Cantábrico II, interestadio de Lascaux de la secuencia polínica (18.200 al 16.200 B.P.), con un clima húmedo y fresco, y durante el Würm IV-Cantábrico III (el cual se corresponde con la parte inferior del Dryas I de la secuencia polínica: 16.200 al 15.300/15.200 B.P.), el Würm IV-Cantábrico IV (correspondiente al Angles de la secuencia polínica: aproximadamente del 15.300/15.200 al 14.700/14.600 B.P.), y el Würm IV-Cantábrico V (correspondiente al Dryas I y al Pre-Bölling: 14.700/14.600 hasta el 13.300 B.P., con un clima frío y húmedo), donde ya aparecen industrias del Magdaleniense medio (todo ello según la secuencia sedimentológica establecida por M. Hoyos, 1995)

En el arco de la bahía aparece una de las secuencias más completas del Magdaleniense arcaico e inferior de toda la Región Cantábrica, la cueva del Juyo. El

Magdaleniense arcaico aparece en los niveles 13,12 y 11. Este último ha sido datado por C14 en el 15.300 ± 700 B.P. En estos niveles la industria ósea es muy escasa estando compuesta por fragmentos de azagayas de sección cuadrangular (Utrilla, 1981). La erosión del techo del nivel 11 y el depósito de limos fluviales del nivel 10, y los niveles fértiles 9, 8, 7, 6 c y 6 b, contienen industrias del Magdaleniense inferior, fechadas en el Würm IV-Cantábrico IV. El nivel 7 posee una fecha de 14.400 ± 180 B.P. y el nivel 6 otra de 11.400 ± 300 , que es claramente errónea. En los niveles 6a, 5c, 5b, 5a y 4, el primero y el último también presentan industrias del Magdaleniense inferior, aunque el último ya de transición al Magdaleniense medio. Estos niveles se corresponderían con el Würm IV-Cantábrico V (Hoyos,1995).

Los niveles del Magdaleniense inferior del Juyo son muy ricos en industrias, tanto líticas como óseas, destacando los materiales hallados en el nivel IV, donde aparecieron estructuras complejas, en el denominado "santuario". La industria lítica se caracteriza por la presencia masiva del raspador nucleiforme, con unas porcentajes que llegan a superar el 50 % del instrumental lítico. En la industria ósea es característica la azagaya de bisel simple de sección cuadrada con decoración geométrica. Son muy notables algunas muestras de arte mobiliario, incluyendo algunos omóplatos grabados. La cueva se ha interpretado como un cazadero especializado en la caza de ciervos, aunque exista algún nivel muy rico en moluscos marinos (*Patella vulgata* y *Littorina littorea*), que llegan a formar auténticos concheros (Hoyos, 1995).

Otro yacimiento que ha proporcionado industrias del Magdaleniense inferior es El Pendo, donde han aparecido algunas piezas de arte mobiliario, varias de las cuales han sido fechadas por C14 AMS, todas ellas aparecidas en contexto secundario (Barandiarán, 1988); además, durante las últimas intervenciones se documentó un estrato situado por encima de un nivel con industrias del Solutrense superior, en concreto el nivel 3 del denominado "corte solutrense de Carballo", donde se dató una esquirra ósea por C14 AMS con el resultado de 15.590 ± 190 B.P., correspondiente al Würm IV-Cantábrico III (Muñoz, en Montes y Sanguino, dir., 2001).

En la Garma A han aparecido también industrias del Magdaleniense inferior, todavía poco conocidas al hallarse la cueva en proceso de excavación y estudio actualmente (Arias, 1999).

El Magdaleniense medio se generaliza en el Würm IV-Cantábrico V, correspondiente al Dryas I y al PreBölling de la secuencia polínica ($14.700/14.600$ al 13.300 B.P.), frío y húmedo, y se extiende al Würm IV-Cantábrico VI, correspondiente al Bölling de la secuencia polínica, húmedo y fresco (Hoyos, 1995). Materiales del Magdaleniense medio han aparecido en El Pendo, donde hay un bastón de mando con cabras afrontadas fechado en esta fase por C14 AMS (Barandiarán, 1988). También se ha documentado este horizonte en el nivel que aparece en la superficie de la Galería Inferior de la cueva de La Garma, donde se han recuperado ya algunas muestras de arte mobiliario, entre las que destaca una espátula con la representación, en bajorrelieve, de una cabra montés, relacionable con muestras de arte mobiliario pirenaicas (Arias *et alii*, 1999).

El Magdaleniense Superior y Superior/final es igualmente abundante. Comienza durante la fase Würm IV-Cantábrico VII, que corresponde con el Dryas II de la secuencia polínica, con un clima frío y húmedo (12.700 al 11.700 B.P.) y se desarrolla durante la fase Würm IV-Cantábrico VIII, correspondiente al interestadio del Alleröd de la secuencia polínica (11.700 al 10.800 B.P.), caracterizado por un clima húmedo y "fresco" (Hoyos, 1995).

El Magdaleniense Superior y Superior/final ha sido documentado en las cuevas de Covalejos (Obermaier, 1916 y 1925), El Pendo (Carballo y Larín, 1933; González Echegaray *et alii*, 1980; Montes y Sanguino, dir., 2001), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971), Castañera III y IV (Muñoz, San Miguel y C.A.E.A.P, 1988), y La Garma A (Arias *et alii*, 1999).

Las industrias de Covalejos no son conocidas, contándose únicamente con una cita de un punzón decorado y un molar humano del nivel Magdaleniense Superior/final, debida a Obermaier (1925). Probablemente, el nivel citado por Obermaier se corresponda con el nivel III de la cueva (unidad 6a de Butzer), nivel muy espeso -entre 15 y 50 cm.- con arcillas de color

marrón parcialmente calcificadas englobando algunos bloques de caliza. Este nivel era muy rico en evidencias (industrias líticas y óseas), destacando una azagaya completa de sección cuadrangular, fauna con ciervo y moluscos marinos, *Patella vulgata* y *Littorina littorea*, y del que únicamente se conserva un reducido testigo adherido a las paredes en el fondo de la cueva, que está protegido por una gruesa costra calcítica (González, Muñoz y Serna, 1995).

En El Pendo es muy abundante y aparece en diversos puntos de la cavidad, aunque casi siempre en posición derivada. Destaca la importante colección de obras de arte mobiliar recuperada, la mayor parte de las cuales proceden de las excavaciones realizadas por Carballo en la parte derecha de la gruta, donde aparecían los materiales magdalenenses mezclados con los azilienses (Carballo, 1960). En la parte izquierda de la cueva y durante las excavaciones de los años cincuenta fue localizado un nivel asignado al Magdalenense Superior/final (González Echegaray *et alii*, 1980), aunque el carácter derivado del depósito hace poco fiable este extremo.

Mayor interés tiene el nivel localizado durante las últimas excavaciones en una pequeña salita ubicada en un recodo de la pared izquierda del vestíbulo, denominada "salita zulo" (Montes y Sanguino, 2001). En este punto se documentó someramente un nivel con industrias líticas y fauna, fechado por C14 AMS (AA29661, 11.360 ± 80 B.P.). El interés del mismo radica en que se ubica en el único lugar en donde se han registrado depósitos sedimentarios no derivados en la cavidad. Debido al reducido tamaño del sondeo no fue posible recuperar una colección industrial representativa, si bien la fecha sitúa claramente este nivel en el Magdalenense Superior/final.

En Castañera III, cavidad muy reducida del complejo kárstico del mismo nombre, y conocida únicamente por un sondeo de R. Rincón, apareció un espeso nivel de color grisáceo muy rico en industrias líticas, donde eran frecuentes las hojitas de dorso y algunas microgravettes, apareciendo además buriles, raspadores, etc., y un fragmento de una azagaya de sección circular con doble bisel, con rayas oblicuas en los biseles. La fauna es abundante destacando el ciervo (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988). En Castañera IV, pequeña cavidad cercana a la anterior, y también sondeada por R. Rincón, se documentaron materiales magdalenenses en los niveles III y IV. El nivel III es un espeso paquete de color negruzco con abundantes industrias líticas (raspadores, buriles, hojitas de dorso), varias azagayas de sección circular y fauna, dominando el ciervo; el nivel IV es de color amarillento, siendo también rico en industrias, destacando por frecuencias los buriles, las azagayas de sección circular y las varillas plano-convexas (Muñoz, San Miguel y CAEAP, 1988).

En La Garma A también han aparecido industrias del Magdalenense Superior/final, incluyendo un arpón de una hilera de dientes (Arias *et alii*, 1999).

El yacimiento mejor conocido es Morín, cuyo nivel 2 ha proporcionado abundantes restos, incluyendo arpones de una hilera de dientes y fauna, todo ello –posiblemente- de un momento antiguo de esta fase (González Echegaray y Freeman, 1971).

Además de los yacimientos enumerados, hay otros con evidencias peor conocidas. Así, en la cueva de Las Cubrizas, y en un sondeo reciente, se ha detectado un nivel en la base de la secuencia -pobre en industrias y fauna-, donde se halló un fragmento de varilla plano-convexa decorada (Morlote y Muñoz, 2000), actualmente en estudio. En N^a S^a de Loreto se localizaron materiales magdalenenses a principios del siglo XX (Sierra, 1909), destruyéndose inmediatamente la cueva, no conservándose actualmente las industrias. En la cueva del Alto del Peñajorao, excavada por el Seminario Sautuola en los años sesenta, se localizaron industrias magdalenenses en un nivel muy alterado del vestíbulo (Moure, 1970), aunque la cueva se encuentra intacta en la sala del fondo (donde los niveles están protegidos por una costra estalagmítica debajo de la cual hay un conchero mesolítico con conchero de *Cepaea nemoralis*); entre las industrias destacaba un fragmento de aguja. En la cueva del Mazo de Camargo se conservan industrias magdalenenses recuperadas por Sautuola y otros autores inmediatamente posteriores, destacando una importante colección de industria ósea con muchas azagayas (Azcúenaga, 1976). A ello hay que sumar, además, una varilla grande y gruesa recuperada por Carballo y conservada en el Museo Arqueológico Nacional, con el grabado de un serpenteiforme, todo ello de difícil encuadre cronológico (Almagro, 1973). En la

cueva de La Llosa se han detectado en la superficie del vestíbulo materiales probablemente magdalenenses, con abundantes industrias líticas y fauna (González Sainz *et alii*, 2000). Por último, en la Fuente del Francés, yacimiento muy arrasado y de reducido tamaño, se han citado industrias magdalenenses (Obermaier, 1916), que no se han conservado.

Hay tres estaciones con arte rupestre magdalenense en la zona que analizamos, las cuevas del Juyo, Los Moros de San Vitores y La Garma.

En el Juyo, y desde los años cincuenta, se conoce un grabado de trazo grueso que representa la figura de un cuadrúpedo, quizás un caballo, que aprovecha una protuberancia para sugerir la cabeza (Janssens, González Echegaray y Azpeitia, 1958). Recientemente, se han localizado dos figuras más, de reducido tamaño: una cabeza de cabra en trazo inciso fino y una cabeza de cierva, con las orejas en trazo fino y la cabeza en trazo grueso (Morlote, Montes y Muñoz, 2001).

En Los Moros de San Vitores, además de algunos discos y manchas aisladas rojas, conocidas desde hace tiempo en el área de entrada, se ha localizado recientemente un panel de grabados incisos finos, bastante característicos, con figuras de reducido tamaño. Se han documentado las figuras de un bisonte, un caballo -actualmente sin cabeza-, con una azagaya clavada, los cuartos traseros de un cuadrúpedo mal conservado (quizás un cérvido) y otro posible bisonte, más dudoso, además de un signo complejo triangular con una línea vertical, varias líneas no figurativas y un disco rojo en el interior de la cabeza del bisonte, en la parte correspondiente a los ojos (Montes, Muñoz y Morlote, 2001).

En La Garma hay varios conjuntos de pinturas y grabados del Magdalenense, desde ciervas con grabado estriado múltiple hasta caballos negros parcialmente rellenos con tintas planas, estando actualmente el yacimiento en estudio (Arias *et alii*, 1999).

Además, y sin mucha seguridad, podríamos asignar a esta fase los grabados de un ave y de un cuadrúpedo de cabeza pequeña y estrecha, realizados a base de grabados simples incisos y finos, del divertículo final de la cueva de El Pendo (González Echegaray *et alii*, 1980).

El final del Paleolítico: el Aziliense (circa 11.500-10.000 B.P.).

La última etapa del Paleolítico es, al contrario que el Magdalenense, más bien escasa y solamente se ha documentado en las cavidades de El Pendo (Carballo, 1960; González Echegaray *et alii*, 1980), Morín (González Echegaray y Freeman, 1971) y El Oso (Serna *et alii*, 2001), existiendo además algunos indicios en las cuevas del Mazo (Obermaier, 1925) y La Garma A.

El Aziliense se inicia durante el Würm IV-Cantábrico VIII, el Alleröd de la secuencia polínica (11.700 al 10.800 B.P.), en un ambiente climático húmedo y fresco. No obstante su pleno desarrollo tendría lugar durante el Würm IV-Cantábrico IX, Dryas III de la secuencia polínica (10.800 al 9.800 B.P.), durante la última pulsación glacial -si bien en unas condiciones climáticas húmedas y poco frías-, y los comienzos del Preboreal (Hoyos, 1995).

Las industrias localizadas en el arco de la bahía pertenecerían, según Fernández-Tresguerres (1995), a la fase clásica o reciente del Aziliense, no habiéndose documentado industrias del Aziliense antiguo.

En El Pendo se han recuperado materiales azilienses en la parte derecha de la cueva, durante los trabajos de Carballo y Larín (1933), y en la izquierda, durante las excavaciones de 1953-57 (González Echegaray *et alii* 1980). En el primero de los casos, los materiales aparecían en un nivel negro intercalado entre un potente depósito de arenas fluviales, asociados a evidencias claramente magdalenenses (Superior y Superior/final), destacando 6 arpones de una hilera de dientes, dos de pequeño tamaño y un solo diente (Fernández-Tresguerres, 1995). Este hecho, lejos de ser interpretado como un revuelto (como parece obvio a la vista del depósito sedimentario, de origen fluvial y claramente derivado de la zona del vestíbulo), sirvió a Carballo para justificar un origen local del Aziliense, a partir del

Magdaleniense final de El Pendo (Carballo y Larín, 1933). Este cuestión, lógicamente, no precisa de muchos más comentarios, y parece claro que esta zona del yacimiento, a pesar de la espectacularidad de muchas de sus piezas, no permite ningún análisis serio.

En el segundo caso, se interpretó como Aziliense (aunque no presenta arpones) el nivel I de la secuencia clásica (González Echegaray *et alii*, 1980). En el mismo se conocen hasta 119 útiles líticos, con presencia de puntas azilienses e índices tecno-tipológicos similares a los documentados en otras niveles cantábricos atribuidos a esta fase. No obstante, y aún a fuerza de resultar reiterativos, debemos insistir en los problemas estratigráficos de esta secuencia, y por ello, desechar cautelarmente este conjunto.

En la cueva del Oso, ubicada inmediatamente por debajo de Morín, se ha documentado un pequeño yacimiento en el extremo de un cono de derrubios procedente de una chimenea que comunica con un piso superior (no conocido con precisión -quizás con la propia cueva de Morín-), tratándose por tanto de un depósito secundario. Aparecen en este punto algunos utensilios característicos, con una punta Aziliense, una punta de doble dorso sobre hojita y un triángulo con retoque de doble bisel. Este último es de gran interés, por cuanto situaría estas industrias en las fases finales del Aziliense.

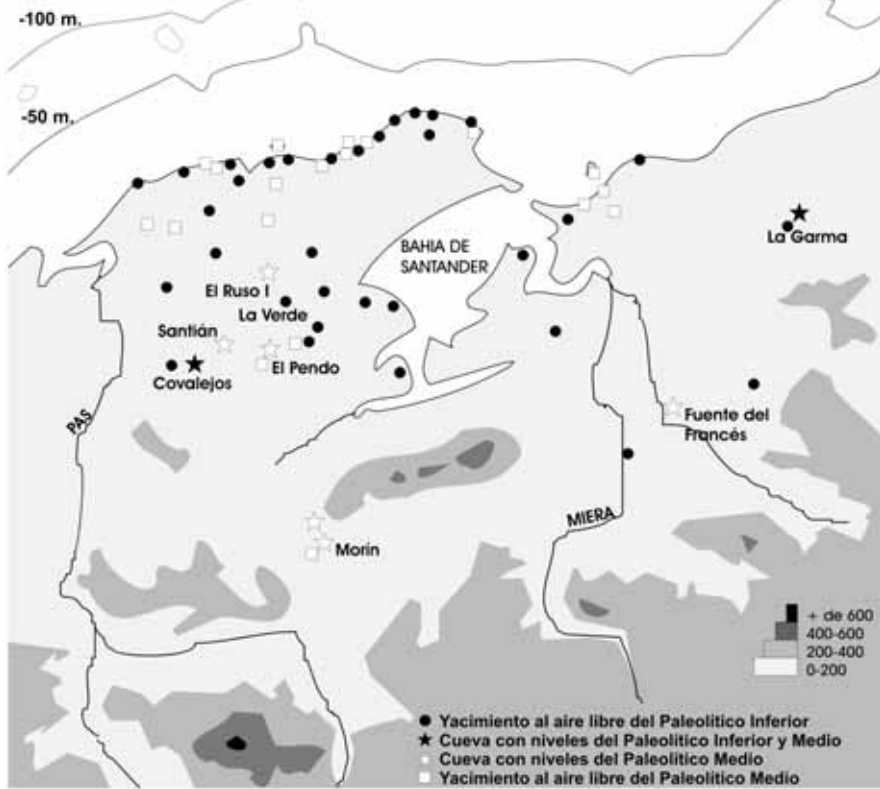
El yacimiento más relevante, por cuanto aparentemente posee un nivel aziliense bien estratificado, es Morín. Durante las excavaciones de Carballo (1923) se localizan ya algunos fragmentos de arpones planos e industrias líticas características, con raspadores pequeños, puntas azilienses y microlitos, además de algunos colgantes sobre piezas dentales de cérvido. Durante los trabajos del Conde de la Vega del Sella (1921), se obtienen abundantes industrias líticas, con abundantes hojitas de dorso y puntas, tanto microgravettes como azilienses, al margen de algunos microlitos geométricos (segmentos de círculo y rombos), lo cual permitió a este autor relacionar este conjunto con el Tardenoisiense, clasificando el mismo en el Aziliense final o en los inicios de esta facies. La fauna era abundante, al igual que la industria ósea, con fragmentos de punzones, dientes perforados, huesos apuntados, y hasta tres arpones planos rotos, dos de ellos al menos con doble hilera de dientes.

Durante las excavaciones modernas (González Echegaray y Freeman, 1973) se asignó al Aziliense el nivel 1 de la secuencia, un paquete entre 2 y 20 cm. de espesor y color pardo. La colección recuperada era muy rica en útiles líticos, con 359 artefactos en general muy característicos, y en donde eran frecuentes los raspadores (algunos de los cuales son disquitos), que alcanzaban una frecuencia que doblaba a la de los buriles (en su mayor parte diedros); las piezas de dorso eran numerosas, con elevadas frecuencias de microgravettes y hojitas de dorso; por último es destacable la presencia de algunos microlitos geométricos (5 triángulos y 1 segmento de círculo). La industria ósea era en general poco representativa, con presencia de azagayas. Por último la fauna estaba dominada por el ciervo, con presencia de gran bóvido, caballo, corzo y jabalí (Fernández-Tresguerres, 1980)

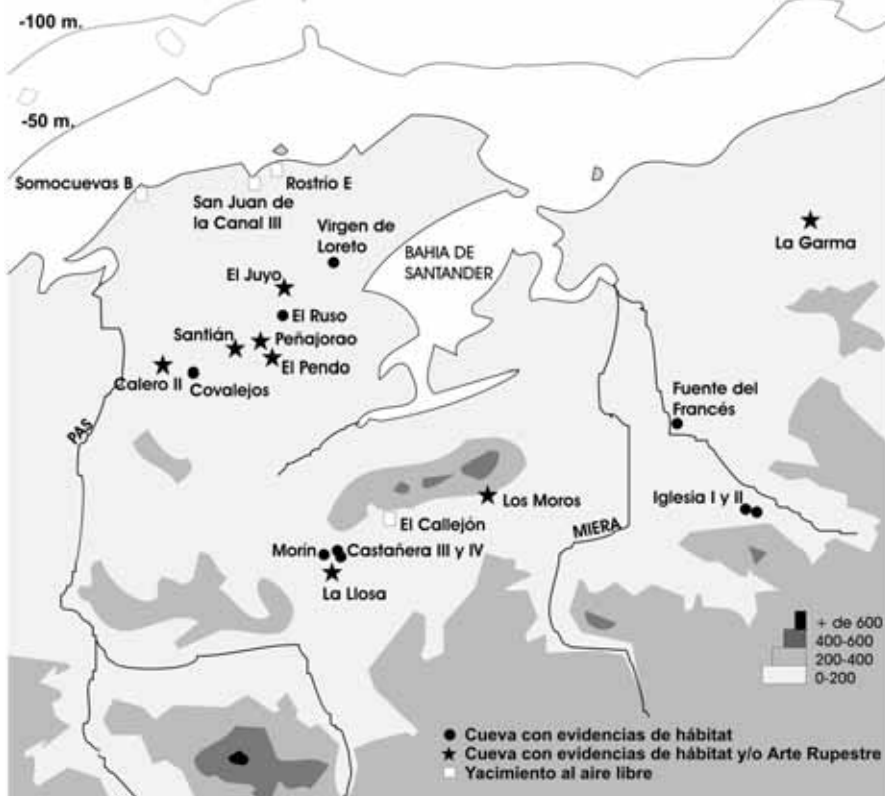
Sin entrar en otras precisiones en lo relativo a los yacimientos escasamente documentados o en proceso de excavación, y a modo de conclusión, queremos resaltar el hecho de que, durante el Aziliense, parece documentarse en el arco de la bahía un notable descenso en el número de yacimientos y evidencias respecto a las fases precedentes. Este hecho pudiera estar en relación con una disminución de los efectivos poblacionales en la zona, fruto de la mejoría climática que se registra en la época y que permitió la colonización de nuevas áreas (tanto a nivel europeo –con la retirada de los hielos se ocupan zonas del centro y del norte del continente-, como a nivel regional –con la ocupación de zonas del interior y la intensificación de la explotación de otras zonas costeras-).

El cambio en las estrategias de subsistencia, con el inicio del proceso de cambio desde una economía cazadora-recolectora muy especializada hacia una economía de espectro amplio, y en donde adquiere especial importancia la recolección de moluscos (generalizándose el yacimiento tipo conchero), puede estar también en la base de un cierto “abandono” de esta región en beneficio de otras áreas más aptas de las actividades económicas de los nuevos tiempos.

MAR CANTÁBRICO



MAR CANTÁBRICO





Desconchados
Precipitaciones calcificas

0 10 cms.

Bibliografía.

- ALCALDE DEL RÍO, H.; BREUIL, H. y SIERRA, L. (1911): *Les Cavernes de la Region Cantabrique*. Imp. V. A. Chêne. Monaco.
- ALMAGRO BASCH, M. (1973): "El bastón de mando de la cueva de Camargo (Santander). *Revista de la Universidad Complutense de Madrid*, Vol. XXII, nº 86. Madrid. 7-19.
- ANDÉREZ, V. (1954): *El cráneo prehistórico de Santián: Estudio antropológico*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander (España). Santander.
- ARIAS CABAL, P. *et alii*, (1999): *La Garma: Un descenso al pasado*. Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Cantabria. Santander.
- ARIAS CABAL, P. *et alii*, (2000): "Estudio integral del Complejo Arqueológico de La Garma (Omoño, Ribamontán al Monte)". *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Cantabria. Santander. 271-278.
- AZCUÉNAGA VIERNA, J. (1976): "Cueva de Camargo". En *XL Aniversario del C.E.M., Tomo III*. Santander. 337-349.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. (1973): *Arte mueble del Paleolítico Cantábrico*. Monografías Arqueológicas del Seminario de Prehistoria y Protohistoria de la Universidad de Zaragoza, XIV. Zaragoza.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. (1988): "Datation C14 de l'art mobilier magdalénien cantabrique". *Préhistoire Ariégeoise*, XLIII. Foix. 63-84.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. *et alii*, (1987): *Excavaciones en la cueva del Juyo*. Monografías del C.I.M.A., nº. 14. Madrid.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F. (1982): *Los inicios del Paleolítico Superior Cantábrico*. Monografías del C.I.M.A., nº. 8. Madrid.
- BERNALDO DE QUIRÓS, F. (1994): "Las industrias del Paleolítico Superior inicial cantábrico". En Bernaldo de Quirós (coord.): *El cuadro geocronológico del Paleolítico Superior inicial*. Monografía nº 13 del Museo de Altamira. Madrid. 211-223.
- BUTZER, K. W. (1981): "Cave sediments upper Pleistocene stratigraphy and Mousterian facies in Cantabrian. Spain". *Journal of Archaeological Science*, 8. 133-183.
- CABRERA VALDÉS, V. y BERNALDO DE QUIRÓS, F. (1996): "The origins of the Upper Palaeolithic: A cantabrian perspective". En Carbonell y Vaquero (ed.): *The last Neandertals, the first anatomically modern humans*. Universidad Rovira i Virgili. Tarragona. 251-265.
- CARBALLO, J. (1922): *El Paleolítico en la Costa Cantábrica*. Memoria presentada para aspirar al grado de Doctor de la Facultad de Ciencias (Sección de Naturales). Universidad Central, Facultad de Ciencias (mecanografiado inédito). Madrid.
- CARBALLO, J. (1923): *Excavaciones en la cueva del Rey en Villanueva (Santander)*. J.S.E.A., Mem. 53. Madrid.
- CARBALLO, J. (1924): *Prehistoria universal y especial de España*. Impr. de la Viuda de L. del Horno. Madrid.
- CARBALLO, J. (1927): *Bastón de mando prehistórico procedente de la caverna del Pendo (Santander)*. Talleres tipográficos J. Martínez. Santander.
- CARBALLO, J. (1960): *Investigaciones Prehistóricas*. Publicaciones del Museo Provincial de Prehistoria de Santander. Santander.
- CARBALLO, J. y LARÍN, B. (1933): *Exploración de la Gruta de "El Pendo" (Santander)*. Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, nº. 23. Madrid.
- CARBALLO, J.; GONZALEZ ECHEGARAY, J. (1952): "Algunos objetos inéditos de la cueva de El Pendo". *Ampurias XIV*, Barcelona. 37-48.
- CENDRERO, O. (1915): "Resumen de los bastones perforados de la provincia de Santander. Noticias de dos nuevos yacimientos de la provincia de Santander". (Separata del *Boletín de Ciencias Naturales*). Madrid.
- CLARK, G. A. (1975): *Lienres: una estación al aire libre de estilo asturiense cerca de Santander*. Cuadernos de Arqueología de Deusto, nº. 3. Bilbao.
- COLECTIVO PARA LA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA PREHISTÓRICA – C.A.E.A.P.-. (1980-1981): "Nuevos hallazgos de yacimientos arqueológicos". *Memorias de la A.C.D.P.S., 1980-1981*. Santander. 25-30.
- CORCHÓN, M. S. (1971): *El Solutrense en Santander*. Institución Cultural de Cantabria. Santander.
- FERNÁNDEZ MONTES, F. (1936): *Catálogo de Prehistoria. Colección Francisco Fernández Montes*. (Manuscrito inédito conservado en el Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander). Santander.

- FREEMAN, L. G. (1969-1970): "El Musteriense Cantábrico. Nuevas perspectivas". Ampurias, 31-32. Barcelona. 55-69
- FREEMAN, L. G. (1994): "Kaleidoscope or tarnished mirror?. Thirty years of Mousterian investigations in Cantabria". *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray*, Monografías del C.I.M.A., 17. Salamanca. 37-54.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G. (1971): *Cueva Morín. Excavaciones 1966-1968*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, IV. Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G. (1973): *Cueva Morín. Excavaciones 1969*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, X. Santander.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. G., (2000): "Excavaciones arqueológicas en la cueva del Juyo (Igollo, Camargo)". *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 19-21
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. *et alii*, (1980): *El yacimiento de la cueva de "El Pendo" (Excavaciones 1953-1957)*. Biblioteca Praehistorica Hispanica, XVII. Madrid.
- GONZÁLEZ LUQUE, C.; MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SERNA GANCEDO, A. (1995): "Exploraciones en el karst de Peñajorao (Cantabria), I. Cuevas del sector de Covalejos (Velo, Piélagos)". *Boletín Cántabro de Espeleología*, 11. Santander. 45-63.
- GONZÁLEZ SÁENZ, C. *et alii*, (2000): "Documentación del yacimiento y las manifestaciones rupestres paleolíticas de la cueva de La Llosa, en Obregón (Villaescusa)". *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 305-306.
- HOYOS GÓMEZ, M. (1995): "Paleoclimatología del Tardiglacial en la Cornisa Cantábrica basada en los resultados sedimentológicos de yacimientos arqueológicos kársticos". En *El final del Paleolítico Cantábrico. Transformaciones ambientales y culturales durante el Tardiglacial y comienzos del Holoceno en la Región Cantábrica*. (A. Moure Romanillo y C. González Sáinz, Edit.). Universidad de Cantabria. Santander. 15-75.
- HOYOS GÓMEZ, M. y LAVILLE, H. (1982): "Nuevas aportaciones sobre la estratigrafía y sedimentología de los depósitos del Paleolítico Superior de la Cueva de El Pendo (Santander): sus implicaciones". *Zephyrus*, XXXIV-XXXV. Salamanca. 285-293.
- JANSSENS, P.; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y AZPEITIA, P. (1958): *Memoria de las excavaciones de la cueva del Juyo (1955-1956)*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander. Santander.
- LAVILLE, H. y HOYOS GÓMEZ, M. (1994): "Algunas precisiones sobre la estratigrafía y sedimentología de cueva Morín (Santander)". En Bernaldo de Quirós, F. (coordinador), *El cuadro geocronológico del Paleolítico Superior Inicial*. Memorias del Museo de Altamira, nº 13. Madrid. 199-209.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (1972): *Hermilio Alcalde del Río. Una escuela de Prehistoria en Santander*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, IX. Santander.
- MONTES BARQUÍN, R. (1993): *Los complejos industriales del Paleolítico Inferior en el centro de la Región Cantábrica*. Trabajo de investigación de Tercer Ciclo. Universidad de Cantabria. Inédito.
- MONTES BARQUÍN, R. (1999): *Los complejos industriales del Paleolítico Inferior en la Región Cantábrica*. Tesis Doctoral. Universidad de Cantabria. Inédito.
- MONTES BARQUÍN, R. (2000): "Actuaciones arqueológicas en la cueva de El Pendo (Escobedo de Camargo)". *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 253-258.
- MONTES BARQUÍN, R. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1994): "El yacimiento de La Verde (Herrera de Camargo, Cantabria): Informe preliminar". *Trabajos de Arqueología en Cantabria, Monografías de la A.C.D.P.S., nº 5*. Santander. 13-32.
- MONTES BARQUÍN, R. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1999): "Inventario arqueológico del municipio de Piélagos". *Memorias de la A.C.D.P.S., 1996-1997*. Santander. 45-56.
- MONTES BARQUÍN, R. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2000): "Excavaciones en el yacimiento de La Verde (Herrera de Camargo)". *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 203-207.
- MONTES BARQUÍN, R.; MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y MORLOTE EXPÓSITO, J. M. (2001): "La cueva de Los Moros de San Vitores (Medio Cudeyo). Una nueva estación de arte rupestre paleolítico en Cantabria". *Trabajos de Prehistoria*. Madrid.

- MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J. (1996): "Informe de las actuaciones arqueológicas en la Cueva de El Pendo: 1994". *Trabajos de Arqueología en Cantabria III, Monografías Arqueológicas, n.º. 6*. Santander. 7-18.
- MONTES BARQUÍN, R. et alii, (1998): "Cueva de El Pendo: Nuevas manifestaciones rupestres paleolíticas". *Revista de Arqueología, 201*. Madrid. 10-15.
- MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J. (1998 a): "Diferencias en las estrategias de adquisición de recursos líticos entre el Paleolítico Inferior y Medio en el centro de la Región Cantábrica: Implicaciones económicas y territoriales". En Bernabeu, Orozco y Terradas (eds.): *Los recursos abióticos en la Prehistoria*. Universidad de Valencia. 55-71.
- MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J. (1998 b): "La adquisición de materias primas líticas en la Región Cantábrica durante el Paleolítico Inferior". *Rubricatum 1998, n.º 2*. Actas de la 2ª reunión de trabajo sobre aprovisionamiento de recursos líticos en la Prehistoria, Barcelona-Gavá, 26-28 Noviembre 1997. Gavá. 77-88.
- MONTES BARQUÍN, R. y SANGUINO GONZÁLEZ, J., dir. (2001): *La Cueva de El Pendo. Actuaciones arqueológicas 1994-2000*. Ayuntamiento de Camargo, Consejería de Cultura, Turismo y Deporte, Asamblea Regional de Cantabria. Santander.
- MORLOTE EXPÓSITO, J. M. y MONTES BARQUÍN, R. (1992): "Las estaciones del Paleolítico Antiguo desde Rostrío hasta Cabo Mayor (Santander, Cantabria)". *Nivel Cero, 1*. Santander. 9-22.
- MORLOTE EXPÓSITO, J. M. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2000): "Prospección arqueológica y toma de muestras de la cueva de Las Cubrizas (Barcenillas, Piélagos)". *Actuaciones arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 383-385.
- MORLOTE EXPÓSITO, J. M. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2001): "El conjunto rupestre paleolítico de la cueva del Calero II (Piélagos, Cantabria). Primeros resultados de su estudio". *Actas del Congreso Internacional de Arte Rupestre Europeo*. Vigo 24-28 Noviembre de 1998. Soporte CD-ROM. Concello de Vigo.
- MORLOTE EXPÓSITO, J. M.; MONTES BARQUÍN, R. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (2001): "Catálogo de cavidades con arte rupestre paleolítico de la C. A. de Cantabria: Nuevas aportaciones". *Actas del Congreso Internacional de Arte Rupestre Europeo*. Vigo 24-28 Noviembre de 1998. Soporte CD-ROM. Concello de Vigo.
- MOURE ROMANILLO, A. (1968): "La cueva de Cobalejos en Puente Arce (Santander) y su industria paleolítica". *Ampurias, XXX*. Barcelona. 181-195.
- MOURE ROMANILLO, A. (1970): "Un nuevo yacimiento Paleolítico en Escobedo de Camargo (Santander)". *Pyrenae, 6*. 9-12.
- MOURE ROMANILLO, A. (1991-1992): "Documentación del arte rupestre cantábrico: la cueva de Santián (Piélagos, Cantabria)". *Zephyrus, XLIV-XLV*. Salamanca. 7-15.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1991): "Excavaciones arqueológicas en la cueva del Ruso I. Avance preliminar". *Arquenas, 1 (Cartas y yacimientos arqueológicos)*. Santander. 61-157.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1992): "Las cavidades con yacimiento arqueológico en Cantabria". *Actas del V Congreso Español de Espeleología. Camargo-Santander. 1-4 Noviembre de 1990*. Santander. 247-255.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1996): "Los yacimientos de las cuevas de Cantabria". *Boletín Cántabro de Espeleología, 12*. Santander. 90-104.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y BERMEJO CASTRILLO, A. (1987): "Aportaciones de los grupos de Espeleología al conocimiento del Patrimonio Arqueológico de Cantabria (1909-1987)". *Boletín Cántabro de Espeleología, 8*. Santander. 19-28.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y MALPELO GARCÍA, B. (1992): *Carta Arqueológica de Camargo*. Ayuntamiento de Camargo-Asamblea Regional de Cantabria. Santander.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y MORLOTE EXPÓSITO, J. M. (2000): "Documentación arqueológica de la cueva del Calero II y la sima del Portillo del Arenal, en Piélagos". *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deportes. Santander. 263-266.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SAN MIGUEL LLAMOSAS, C. (1987): *Carta Arqueológica de Santander*. Edit. Tantín. Santander.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E.; SAN MIGUEL LLAMOSAS, C. y C.A.E.A.P., (1988): *Carta Arqueológica de Cantabria*. Edit. Tantín. Santander.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SERNA GANCEDO, A., (1995): "Yacimientos del Paleolítico Superior poco conocidos". *Boletín Cántabro de Espeleología, 11*. Santander. 101-123.

- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. y SERNA GANCEDO, A. (2000): "Los niveles solutrenses de la cueva de El Ruso (Igollo de Camargo, Cantabria)". *Sautuola, VI (Estudios en Homenaje al Profesor Dr. García Guinea)*. Santander. 161-176.
- OBERMAIER, H. (1916): *El Hombre Fósil*. C.I.P.P., mem. nº. 9. Madrid.
- OBERMAIER, H. (1925): *El Hombre Fósil*. 2ª. Edición. C.I.P.P., mem. nº. 9. Madrid.
- SÁEZ MARTÍN, B. (1954-1955): "Faro de Bellavista" y "Rostrío". *Noticiario Arqueológico Hispánico, III-IV*. Madrid. 227-231.
- SAN MIGUEL LLAMOSAS, C.; BERMEJO CASTRILLO, A. y MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. (1984): "El Achelense en Cantabria". *Boletín Cántabro de Espeleología, 4 (La Prehistoria de las cuevas de Cantabria)*. Santander. 18-27.
- SAUTUOLA, M. S. de. (1880): *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*. Impr. y lit. de Telesforo Martínez. Santander.
- SERNA GANCEDO, A. et alii, (2001): *Las cuevas del valle de Villaescusa*. Asociación para la Defensa del Patrimonio de Villaescusa. Santander.
- SIERRA, L. (1909): "Notas para el mapa paleontográfico de la provincia de Santander". *Actas y Memorias del I Congreso de Naturalistas Españoles*. Zaragoza. 103-117.
- STRAUS, L. G. (1975): *El Solutrense Vasco-Cantábrico. Una nueva perspectiva*. Memorias del C.I.M.A., 10. Madrid.
- UTRILLA MIRANDA, P. (1981): *El Magdaleniense Inferior y Medio en la costa cantábrica*. Memorias del C.I.M.A., nº. 4. Santander.
- VEGA DEL SELLA (1921): *El Paleolítico de Cueva Morín (Santander) y Notas para la climatología del Cuaternario*. C.I.P.P., nº. 29. Madrid.
- VEGA DE LA TORRE, J. R. (1976): "Hallazgo de un útil prehistórico". *Sautuola, 1*. Santander. 19-20.
- VV. AA. (1989): *Las cuevas con arte paleolítico en Cantabria*. Monografías de la A.C.D.P.S., nº 2 (2ª edición). Santander.
- VILANOVA y PIERA, J. (1880): *Conferencias dadas en Santander*. Impr. y lit. de Telesforo Martínez. Santander.
- ZILHÃO, J. y d'ERRICO, F. (2000): "La nouvelle bataille aurignacienne. Une révision critique de la chronologie du Châtelperronien et de l'Aurignacien ancien". *L'Anthropologie, 104, nº 1*. Paris. 17-50.